BOLSILIBROS BRUGUERA

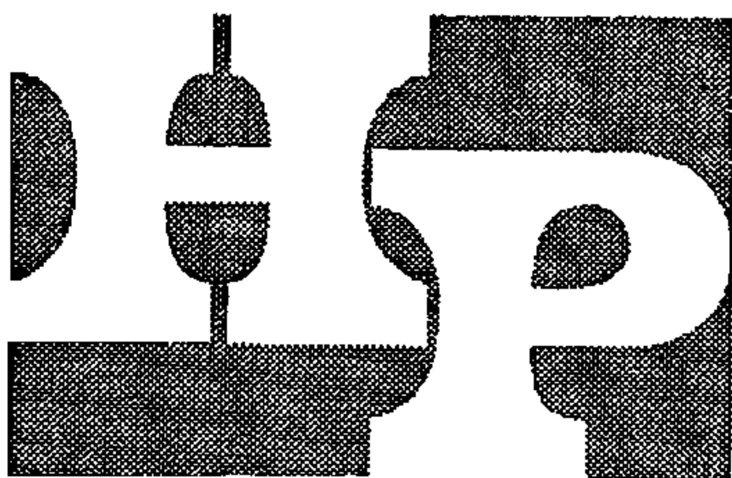


SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

LA NOCHE DE LOS AHORCADOS







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA NOCHE DE LOS AHORCADOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 55
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 44030-1970

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El jinete que cabalgaba en dirección a Abilene llevaba dos revólveres y un rifle cruzado sobre la silla.

Se adivinaba en él al tipo que está acostumbrado a viajar solo por el Oeste, sin confiar más que en sus propias fuerzas. Tenía una mirada acerada, vigilante y cruel. El rifle que sostenía sobre la silla estaba listo para disparar en cualquier momento.

Era de noche.

Los ojos del jinete vigilaban todos los recovecos de la ruta, para evitar caer en cualquier clase de emboscada.

Una cosa llamaba la atención sobre todo en aquel jinete, aparte sus armas y la expresión de su rostro.

Sobre su camisa vaquera llevaba un chaleco de seda negra, y en ese chaleco había bordada una calavera con dos tibias cruzadas.

Igual que si llevara una bandera pirata en el pecho.

Viendo esa insignia sobre el chaleco de aquel hombre, ya no se le podía olvidar nunca.

Y ahora cabalgaba hacia Abilene.

Parecía temer que alguien interceptara su camino. Por eso estaba preparado y con el dedo sobre el gatillo del rifle.

Y lo que parecía estar temiendo sucedió.

Fue donde menos lo esperaba.

En una extensión de terreno liso como la palma de la mano, donde sólo había unos cuantos arbustos y donde los ojos podían vigilarlo todo, aquello sucedió.

De entre dos matorrales situados al borde del camino, y donde parecía increíble que pudiera ocultarse alguien, surgió una figura elástica y tensa como una pantera. Su salto prodigioso hizo que la cabeza de aquella figura chocase contra un costado del jinete, que

cayó a tierra mientras el caballo se encabritaba.

El dedo se cerró sobre el gatillo del rifle, y del rifle brotó un disparo, pero la bala se perdió inútilmente en el aire quieto de la noche.

Nadie pareció darse cuenta de aquel ataque ni de la lucha sorda y salvaje que se entabló a continuación.

El aparecido rodó por el suelo abrazado al jinete, después de saltar el rifle por los aires. Todos los esfuerzos del atacante estuvieron encaminados desde el primer instante a evitar que el hombre de la calavera en el chaleco pudiera desenfundar sus revólveres.

Lo consiguió porque tenía a su favor dos cosas: sus músculos de acero y el factor sorpresa.

Logró quedar sobre el jinete, y colocando las rodillas sobre sus brazos en cruz, le asió con ambas manos la cabeza y se la golpeó repetidamente contra el suelo.

Claramente se advirtió que no deseaba matarlo, sino tan sólo hacerle perder el conocimiento.

En caso contrario le habría bastado golpear con más fuerza cuando el jinete empezó a perder el sentido.

En lugar de eso, cuando comprendió que lo tenía a su merced dejó de golpearle.

Pero continuó con las rodillas sobre sus brazos para que el otro no pudiera hacer ningún movimiento.

Cuando el jinete abrió los ojos al cabo de unos momentos, intentó hacer puente con su cuerpo y obligar a saltar al enemigo por encima de su cabeza, pera éste ya estaba prevenido y logró mantenerse en la misma postura. El jinete comprendió que había dado con un enemigo más fuerte que él. Resollando, dejó de luchar.

Lo miró entonces detenidamente.

El tipo que lo había derribado era un joven rubio y con facciones recias y enérgicas. Tendría unos veinticinco años y sus músculos eran los de un verdadero campeón. Se daba uno cuenta enseguida de que resultaría muy difícil vencerle y más habiendo sido cazado por sorpresa.

En cuanto a las ropas que cubrían al atacante, eran verdaderos harapos sucios y rotos por todas partes.

No llevaba armas.

El jinete resopló:

—¿Quién eres? No creo conocerte. Por lo menos a ti no te he hecho ningún daño…

—Me llamo Jess Colman.

—Nunca te he oído nombrar. ¿Por qué me has atacado?

—Necesito tus armas y tus ropas.

El jinete hizo un nuevo esfuerzo desesperado para hacer saltar a su enemigo, consiguiéndolo esta vez. Lo obligó a saltar por encima de su cabeza y se volvió con la rapidez de un puma, llevando sus manos a las fundas pistoleras.

Pero su enemigo ya se había puesto de rodillas, dándole frente otra vez, y lanzaba hacia él sus puños uno detrás de otro.

El de la calavera en el pecho tuvo la sensación de que un peñasco de granito chocaba contra su mandíbula.

Lanzó un gemido y cayó hacia atrás, soltando los revólveres que ya tenía empuñados.

Jess Colman se puso en pie de un salto y luego se inclinó para despojar al caído de sus fundas pistoleras.

—He dicho que no quería matarte —susurró—. No me obligues a hacerlo…

En ese momento dos llamaradas brotaron de la oscuridad, unas yardas a su derecha.

El de la calavera en el pecho se estremeció, alcanzado certeramente en el cuello y en la cabeza.

Jess Colman lanzó una especie de aullido.

Una sola ojeada le bastó para comprender que no lograría alcanzar el rifle ni poner un revólver en línea de tiro antes de que su desconocido enemigo le alcanzase a él también.

Estaba perdido y sólo le quedaba el recurso de morir con elegancia, como mueren los hombres.

Le volvió hacia la derecha, hacia el lugar de donde habían brotado las detonaciones.

Y una sola palabra escapó de sus labios:

—¡Asesino!

El hombre que había llegado hasta allí arrastrándose por entre la maleza apenas era visible. Pero se podía distinguir, que era un tipo encorvado, fuerte como un oso y vestido también con harapos. En su mano izquierda —pues el tipo aquel debía ser zurdo—,

empuñaba un revólver.

Jess Colman lo reconoció entonces, a pesar de la oscuridad.

—¡Charlie Onson! —musitó—. He hecho bien en llamarte asesino. El más miserable asesino que ha habido jamás en la cárcel de este condado…

Charlie Onson rió.

—No creo que entre tú y yo exista mucha diferencia. Los dos hemos escapado del mismo sitio.

—Pero los motivos por los que estábamos allí eran distintos.

—No me hagas reír, angelito. Cuando, uno entra en las celdas de castigo le la prisión de Worsell, poco importan los motivos. Lo único que interesa es que uno ha dejado de ser un hombre para convertirse allí en una alimaña. Y yo he aprovechado el pequeño incendio que provocaste para huir también, amigo… Me has hecho dos grandes favores.

—Más hubiese preferido hacerte dos agujeros redondos en la piel.

Charlie Onson, el gigante encorvado, rió otra vez.

—Primero me ayudas a escapar con aquel pequeño incendio, y luego me pones a este tipo en posición ideal para que yo lo liquide. No sabes lo bien que has hecho las cosas, Colman. Venía siguiendo a ese sujeto desde hacía unos minutos, corriendo con toda mi alma y deseando que su caballo diera un traspié o algo parecido para quedar yo a buena distancia y poder dispararle con el revólver. Porque llevando uno solo cuatro balas, no puede hacer demasiadas filigranas ni empezar a fallar.

—¿Sólo tenías cuatro balas…?

—Sí… Es lo único que había en el «Colt» que robé a uno de los guardianes. Ni un plomo más. Por eso pensé que, si fallaba uno o dos disparos, ese tipo tendría todas las ventajas sobre mí y me cazaría fácilmente como a una liebre en la pradera. Pero tú has puesto muy bien las cosas, amigo. Tú has hecho lo más difícil, que era derribar a ese tipo y dejármelo quietecito y pidiendo una bala. Te felicito.

—No eres más que un cerdo miserable —gruñó Colman.

—Me gusta. Los cerdos son siempre los que viven mejor.

—¿Qué pretendes ahora?

—Quedarme con las ropas, las armas y el dinero de ese tipo y

llegar a Abilene convertido en señor. Desde allí salen cada día diligencias para los cuatro puntos cardinales. Dentro de una semana no habrá quien pueda encontrar el rastro de Charlie Onson.

—Muy bien. Pues ven a buscar las ropas de este tipo.

Onson se envaró.

—Cuidado, simpático. Todavía me quedan dos balas.

—Dispáralas…

Se oyó una risita silbante.

—Si tú lo quieres…

Y Charlie Onson tensó ligeramente el brazo armado, dispuesto a cometer con la mayor tranquilidad un nuevo asesinato.

Pero Jess Colman ya sabía algo muy importante. Sabía que sólo le quedaban dos balas.

Dio un fantástico salto de costado, dejándose caer a tierra, mientras saltaba al aire la primera onza de plomo.

Apenas su cuerpo había chocado con el suelo, se movió instantáneamente otra vez.

La primera bala no le había rozado siquiera, pero la segunda podía ser mortal. Convenía no dejar que su enemigo le apuntase y atacar, atacar hasta que Onson disparase aquel último proyectil.

Por eso avanzó en zigzag, dando unos extraños saltos igual que si estuviera borracho o loco, pero en realidad moviéndose con una fantástica precisión.

Onson vio que se le echaba encima.

No podía vacilar.

Y disparó mientras lanzaba un alarido de fiera.

La bala sólo rozó a Jess Colman, produciéndole un rasguño insignificante en un brazo. Onson intentó voltear el revólver para emplear la culata como maza, pero ya no llegó a tiempo.

—Debiste haber comprendido que dos balas son poco para mí —dijo Jess Colman.

Cayó sobre su enemigo con la precisión de un luchador profesional. Onson rodó por tierra y su adversario le hincó ambas rodillas en el pecho, haciéndole lanzar un aullido de dolor. Entonces Onson intentó lanzar un «golpe de la tijera», dirigiendo fulminantemente contra los ojos de su enemigo dos dedos de su mano derecha. Colman detuvo el innoble golpe colocándose también la mano derecha montada sobre la nariz, de modo que los

dos dedos de Onson cabalgaron sobre ella y no llegaron a sus ojos, y, a continuación, la misma mano derecha de Colman cayó abierta, de canto, sobre el cuello de su enemigo derribado bajo él.

Onson gritó lúgubremente mientras lanzaba una bocanada de sangre.

Jess Colman repitió el golpe y ya no tuvo necesidad de seguir aquella salvaje pelea.

Pudo ponerse en pie.

Había roto una arteria de su enemigo y éste se estaba desangrando. Ya nada podía hacer por él. Charlie Onson, el asesino, era un cadáver.

Jess Colman volvió junto al cuerpo de aquel desconocido que llevaba una calavera bordada en el chaleco, lo puso en una postura favorable y empezó a desnudarlo.

Un momento después se había vestido sus ropas, que eran nuevas y le sentaban casi a la perfección, pues él y el muerto eran de parecida estatura y similar corpulencia.

Luego vistió al muerto con sus harapos, antes de que comenzara la rigidez cadavérica.

Se ciñó también el cinto con los «Colt», comprobando que estaban cargados y eran de reciente modelo.

Hechas todas estas operaciones, se sintió otro hombre, como si sólo cambiando de ropas ya todo su pasado hubiera quedado atrás, olvidado para siempre.

—No me ha gustado hacer esto, amigo —dijo mirando al cadáver—, pero no me ha quedado otro remedio…

Miró lo que contenían los bolsillos de las prendas que ahora llevaba puestas.

Una bolsa de tabaco, unos fósforos de madera, papel, unos cuantos billetes arrugados, por un valor de ciento cincuenta dólares, un papel con unas señas: «Abilene. Hotel Texas». Y una tarjeta con estas palabras: «Una vieja bruja me ha asegurado que un desconocido me haría un gran favor».

Jess estuvo a punto de reír. ¡Vaya favor! ¡Un desconocido que lo envió al infierno! Fuera de eso no había, ni tan siquiera un documento que acreditase el nombre o la profesión del hombre a quien Onson acababa de matar.

Jess Colman se volvió a mirar a, sí mismo.

Todo aquello le sentaba bien. Podía pasar desapercibido en Abilene si tenía un poco de suerte.

Lo único que le extrañaba era aquella calavera con las dos tibias cordadas en el chaleco.

Parecía algo así como una broma macabra.

Pensó quitarse el chaleco, pero se dio cuenta de que la camisa estaba ligeramente manchada de sangre, y sólo el chaleco podía cubrir aquello. La sangre fresca hubiera llamado más la atención que un bordado, aunque ese bordado representase una calavera.

Al fin Jess Colman se encogió de hombros. El muerto debía de haber sido un maniático. Allá él.

Reunió a los dos cadáveres, los colocó doblados sobre la silla del caballo y emprendió el camino, llevando al animal de la brida, hasta una lejana hilera de árboles que se divisaba en el horizonte. Pensó que allí le resultaría fácil ocultar a los dos muertos.

Le resultó más fácil de lo que esperaba.

La hilera de árboles cubría en realidad el principio de un despeñadero lleno de rocas y de maleza. Jess descendió basta donde le fue posible y como no tenía herramientas para enterrar los dos cuerpos los ocultó y cubrió con piedras de la mejor manera que le fue posible.

Cuando ascendió de nuevo al borde del despeñadero, la luna se había ocultado y la oscuridad era casi completa.

Montó a caballo y emprendió al trote largo el camino hacia Abilene, situada ya a muy poca distancia de allí. En efecto, tras media hora de trote, descubrió, al orillar una colina, las luces de la ciudad.

No pensaba estar allí más que una sola noche.

A la mañana siguiente, cuando saliera la primera diligencia, tomaría pasaje hasta Colorado City y desde allí a cualquier otra ciudad situada más al Oeste. Siempre en ruta hacia las Rocosas, pensaba llegar hasta las ciudades de Nevada, donde nadie se preocuparía de él.

Éste era su plan.

Enfiló la calle principal de la ciudad, que a aquella hora aún presentaba restos de animación nocturna. Había un par de saloons abiertos, algunos borrachos dormitaban en los porches, y un par de damiselas se paseaban insinuantemente arriba y abajo ante la

puerta de un garito.

Jess detuvo su caballo y extrajo el papel doblado que aún estaba en uno de los bolsillos de la camisa del muerto. En ese papel doblado había una sola dirección: «Abilene. Hotel Texas».

El primer impulso de Jess fue no ir allí porque en aquel hotel podían conocer personalmente al muerto.

Pero luego recapacitó mejor.

Probablemente no le conocían, puesto que de lo contrario el tipo cuyas ropas llevaba no hubiera necesitado apuntarse la dirección. Y si le esperaban y no acudía, era probable que iniciasen alguna pequeña investigación, cosa que no convenía a Jess. Porque cuanto más tardasen en ser descubiertos los muertos, mucho mejor para él.

Si tardaban alrededor de una semana en encontrarlos, la situación estaría salvada.

Aun cubiertos con piedras, los buitres y las alimañas de la pradera descubrirían a los dos muertos y los irían devorando. Siete días después no quedarían más que dos esqueletos cubiertos con uniformes de presidio hechos harapos.

Lo normal era entonces que ambos cadáveres fueran identificados como el de Charlie Onson y el suyo. Y a partir de ese momento dejarían de buscarle, dando por descontado que su fuga del penal había terminado con la muerte. Jess sería entonces un hombre libre.

Podría cambiar fácilmente de nombre en cualquier ciudad del Oeste, donde todo se olvida.

Claro que Abilene también era una ciudad de aventureros.

Pero estaba demasiado cerca del presidio de donde acababa de fugarse, y no se podía arriesgar.

Necesitaba poner mucha tierra de por medio. Llegar hasta Nevada, como se había propuesto hacer cuando inició la fuga.

Dobló el papel y lo volvió a guardar en el bolsillo de la camisa.

Notó que los escasos transeúntes se fijaban en él con cierta curiosidad mal disimulada.

Debía de ser por la calavera bordada en el chaleco. ¡Maldito capricho el de aquel muerto!

Siguió por la calle principal al paso de su caballo y mirando en ambas direcciones, poco después distinguió a la izquierda un gran edificio blanco sobre cuya puerta había un gran cartel amarillo

donde diez letras rojas decían: «Texas Hotel».

Bien, ya había llegado.

Descendió.

Sabía que allí podía muy bien jugárselo todo, y los nervios empezaron a vibrarle debajo de la piel.

Pero se dominó.

Entró en el hotel y vio al encargado de recepción detrás del *comptoir*, repasando las noticias de un ejemplar atrasado del Estrella de Texas.

El encargado levantó la mirada y la posó en el chaleco donde estaban bordadas la calavera y las dos tibias.

Como todo el mundo, aquello llamaba la atención.

—Buenas noches —dijo Jess, fingiendo indiferencia—. Tengo mi caballo ahí fuera.

El otro, de pronto, pareció recordar.

—¡Diablos! ¡Pero si es míster Evans!

—¿Evans?

—Le estábamos esperando.

Jess se mordió el labio inferior. De modo que el verdadero dueño de aquellas ropas, el tipo a quien Onson había matado, se llamaba Evans. Y tenía habitación reservada en el hotel Texas, pero o allí no lo conocían personalmente. Debían de haberlo identificado tan sólo por la calavera bordada en el chaleco.

Una manía como otra cualquiera la de aquel tipo llamado Evans.

Jess preguntó:

—¿Tengo habitación reservada?

—Sí, claro. Por un día, como usted ordenó.

—¿Por un día? Magnífico.

«Así —pensó—, podré largarme en la primera diligencia».

—¿Puedo subir? Estoy cansado.

—Sí, desde luego… —el encargado descolgó una llave del tablero y se la entregó—. Pero han traído hace poco un recado para usted. El *sheriff* le estaba esperando y quiere verle.

—¿El *sheriff*?

Nuevamente Jess sintió que los nervios empezaban a vibrarle a flor de piel, como antes.

—¿Desea verme a estas horas? ¿No ha dicho para qué?

—No, pero puede salir de dudas yendo a verle. Su oficina está a

dos pasos de aquí. A la izquierda hay un saloon que se llama Rosa, y junto a él, está la oficina del *sheriff*. Lo encontrará levantado durante toda la noche, de modo que puede ir tranquilo.

—¿Dice que estará levantado toda la noche?

—Es natural, ¿no?

Jess no entendía por qué diablos tenía que ser natural aquello, ya que lo lógico era que el *sheriff* durmiese como todo el mundo. Pero resolvió no hacer más preguntas que pudiesen despertar sospechas.

—Sí, claro —dijo—. Tiene que ser así. Inmediatamente iré a verle.

—¿Quiere que nos cuidemos de su caballo?

—Todavía no, gracias.

Jess tenía que pensar en la posibilidad de una huida rápida, y para eso necesitaba tener el caballo cerca.

Salió a la puerta del hotel y olfateó la oscuridad de la noche.

A la izquierda había un saloon llamado Rosa, el cual ya estaba siendo cenado. Un par de vaqueros que aún tenían ánimos, seguían bebiendo en la puerta mientras cortejaban a una damisela pintarrajeada que al menos debía de tener cuarenta y cinco años. Más allá se veía un gran cartel que decía:

Marshall's

Office.

Jess Colman fue hacia allí.

Vio a través de los cristales de la entrada a un hombre de unos treinta años, fuerte y de facciones enérgicas, que con los pies sobre su mesa-escritorio repasaba una carpeta de expedientes. Tenía un rifle al alcance de su mano derecha.

Jess entró.

—Buenas noches —dijo—. Soy Evans.

El *sheriff* se puso en pie.

—Hola, Evans, buenas noches. Pase y siéntese. ¿Una copa?

—Nunca vendrá mal.

Jess Colman se sentó, y con los nervios en tensión, decidió esperar los acontecimientos.

El *sheriff* le sirvió una buena ración de *whisky*.

—Le esperaba más pronto —dijo.

—Sí, ya me han explicado que preguntó por mí en el hotel. Yo

también pensaba haber llegado hace una hora, pero mi caballo presentaba síntomas de fatiga. No se debe uno arriesga a quedarse con una montura reventada en mitad de la llanura. ¿Mucho trabajo?

—Bastante, porque ésta es una ciudad medio condenada. En fin, el principal asunto ya lo conoce usted. Para amenizar la cosa, acabo de recibir un cable diciendo que ayer se fugaron dos presos de la cárcel de Big Springs. No se sabe adónde, se habrán dirigido.

Jess tragó con dificultad el sorbo de *whisky* que ya tenía en la boca.

—Cosa rutinaria —dijo el *sheriff*—. Ya se sabe. Texas está llena de fugitivos. Pero los buscaremos en cuanto se haya terminado el asunto que lo ha traído a usted aquí.

—Le deseo éxito.

El *sheriff* volvió a poner los pies sobre la mesa.

—Le imaginaba más viejo, Evans.

El falso Evans hizo un gesto que no significaba nada. El *sheriff* lo interpretó como una especie de disculpa.

—No es que eso tenga importancia —dijo enseguida—, porque uno puede dedicarse en cualquier edad al trabajo que le apetezca, siempre y cuando lo haga bien. Y usted es un experto.

Nuevo gesto ambiguo de Jess, que no sabía de qué le hablaban.

—Pocas personas hay que conozcan su oficio tan bien como usted —siguió diciendo el *sheriff*—. Hasta se diría que le gusta. Incluso ese pequeño detalle de la calavera que le distingue.

—Me la voy a quitar —dijo Jess, maldiciendo otra vez al muerto por su endiablado capricho.

—No lo haga. Le da personalidad. ¿Otra copa?

—Acepto.

Jess bebió de un trago su segundo vaso de *whisky*.

Durante un año no lo había probado. Y ahora advertía con sorpresa que seguía riendo tan insensible al alcohol como antes.

—¿Para qué quería hablar conmigo, *sheriff*? —preguntó.

—Por tres cosas: la primera de ellas es mi deseo de conocerlo.

—Gracias. Ya me ha conocido. Y para mí también es un honor.

—La segunda cosa por la que deseaba verle, era para preguntarle si necesita usted protección durante esta noche.

Jess recordó en un instante el modo precavido de avanzar del verdadero Evans. El rifle que llevaba cruzado sobre la silla. ¡Aquel

tipo había estado avanzando hacia Abilene con el miedo clavado en el corazón!

—No necesito escolta —dijo él, de todos modos—. Además, ya sabe usted que me marcho mañana.

—Es usted valiente. Por otra parte, ya se sabe que a los hombres como usted no les conviene estarse demasiado tiempo en el mismo sitio.

Jess se inclinó hacia delante en su asiento. Sus labios se tensaron para preguntar coy rudeza:

—¿Cuál es la tercera cosa, *sheriff*?

—Preguntarle si no vacilará usted.

—¿Por qué había de vacilar?

El *sheriff* le contempló con cierta sorpresa, igual que el que ve a un animal de una especie desconocida.

Al fin se encogió de hombros.

—Ya sé que a usted no le impresiona nada, Evans —dijo, suavemente—. Ya sé que usted es el verdugo más experto que hay en todo el sudoeste, y por eso le hemos contratado. ¡Pero me extraña tanto que no le impresione venir a Abilene a ahorcar a un joven y a una muchacha de veintidós años!

Capítulo II

Jess Colman, que tenía la boca llena con el último trago de *whisky*, estuvo a punto de escupirlo sobre la cara del *sheriff*.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para tragar el ardiente líquido y no demostrar la extraña sensación que sentía.

De todos modos, el *sheriff* lo notó.

—¿Sorprendido, eh? Pero yo creí que usted ya sabía quiénes eran los condenados a muerte.

—No me había dado cuenta de ese detalle. Es decir, no había prestado atención a la extrema juventud de la muchacha.

—Cuando se le envió a usted la carta-contrato con quinientos dólares para los gastos del viaje, se le dijo bien claramente a quién tendría que ahorcar.

Jess temió que el *sheriff* lo descubriese todo a partir de aquel detalle, pero pronto se dio cuenta de que los temores del representante de la ley iban por otro lado.

—No se habrá arrepentido, ¿eh? —preguntó el de la estrella.

—No. Sólo que… ¿es firme la sentencia?

—Completamente firme.

—Nunca me ha gustado hacerme cómplice de un error judicial.

—Lo comprendo, pero en este caso ya no puede haber remisión para los dos condenados. El jurado los consideró culpables y el juez los tuvo que condenar a muerte por aplicación estricta de la ley, ya que el proceso era por robo y asesinato. Solicitaron, clemencia al gobernador, y en ausencia de éste, el vicegobernador estudió atentamente el caso, con todos sus detalles. Al fin, tuvo que denegar el indulto, por considerarlos culpables, y señaló que la ejecución debía tener lugar al final de esta noche.

—¿Al final de esta noche?

—Ya comprendo que usted es un hombre muy meticuloso y no le gustan las cosas precipitadas —dijo el *sheriff*—. Me han dicho que engrasa usted las cuerdas y que quiere comprobar, por sí mismo todos los detalles del patíbulo, pero aún le quedan bastantes horas.

Echó una ojeada a su reloj.

—Son ahora las doce menos cinco minutos y hasta las seis de la mañana, aproximadamente, no tendrá lugar la ejecución. Le quedan, pues, más de seis horas para ultimar todos los detalles. Pero ¿qué le ocurre? ¿No le gusta esta conversación?

Jess tenía otra vez en la garganta todo el *whisky* que había bebido. Le costaba mucho mantenerse sereno ante aquella salvaje sorpresa que le había reservado el destino. ¡De modo que él era ahora el mejor verdugo de todo el sudoeste! ¡De modo que tendría que ahorcar a un hombre y a una muchacha de veintidós años en cuanto saliese la luz del sol!

Pero tenía que fingir. Si el *sheriff* llegaba a sospechar que él era uno de los fugitivos de Big Springs, probablemente a las seis de la mañana le ahorcarían junto con los otros.

—Soy por naturaleza un hombre lúgubre —dijo Jess—. No haga caso de mi expresión. ¿Decía que faltan seis horas para que esos dos condenados cuelguen de la cuerda?

—Justo. Y levantaremos el patíbulo en el mismo patio de la cárcel, si le parece bien.

—Me parece perfectamente.

—¿De qué es usted partidario cuando hay dos condenados? ¿De levantar dos horcas o de colgarlos uno tras otro?

—Uno tras otro.

—En ese caso, será mejor que despache primero a la mujer por razones de delicadeza. Le resultaría terrible ver a su hermano muerto y saber que ella correrá la misma suerte dentro de unos minutos.

Jess cerró los ojos.

¡Ocurrirle aquello a él!

—Sí, tiene usted razón —dijo en voz baja—. La despacharemos primero a ella y luego me encargaré de su hermano. Aunque sufrirán poco, eso puedo asegurárselo, porque soy un verdadero técnico.

—Eso es lo que todo el mundo dice. Y aunque parezca una cosa

de mal gusto, señor Evans, tengo ganas de verle actuar.

—Gracias. Interpreto sus palabras como un cumplido. ¿De modo que los dos condenados son hermanos, eh? ¿Y quién es la víctima?

—Un pagador del Banco ganadero llamado Wolsey.

—¿Qué ocurrió con él?

—Muy sencillo. Los Saxon (sepa que los condenados se llaman así: Irma y George Saxon) eligieron para dar el golpe un día en que Wolsey tenía que pagar una considerable cantidad de dinero. Casi doscientos mil dólares en monedas de oro, lo que representa, aproximadamente, ese valor multiplicado por tres en papel moneda. Wolsey transportaba toda esa fortuna en dos cajas, en su calesín, y naturalmente, no había dicho a nadie que debía pagar una cantidad tan considerable. Era nada menos que el sueldo de seis meses de los cuatrocientos obreros que están terminando la nueva línea del ferrocarril, más una parte considerable del precio de los materiales. Wolsey salió de Abilene en dirección a las obras para hacer el pago allí como estaba estipulado, y a partir de entonces desapareció. Y lo único que ha reaparecido hasta ahora ha sido su cadáver.

—¿Por qué no llevaba Wolsey una escolta?

—Fue él mismo quien dijo que así llamaría menos la atención. Total, las obras estaban cerca, escasamente a tres millas. ¡Pobre Wolsey, si llega a imaginárselo!

—¿Dice que ha aparecido su cadáver?

—Eso sí. Los cadáveres tienen la mala costumbre de aparecer siempre.

—¿Qué día apareció?

—Tres fechas después de su desaparición, es decir, tres días después del robo.

—¿Identificaron el cuerpo?

—Claro que sí. Es un trámite reglamentario, como usted sabe. Hicieron la identificación unos compañeros del Banco ganadero y la propia viuda del difunto.

Jess extrajo la bolsa de tabaco de Evans y lió un cigarrillo para disimular su nerviosismo.

—Cualquiera diría que no tiene usted ganas de ahorcarlos —dijo el *sheriff*.

—No haga caso. Me gusta conocer todos los detalles, y, además, no tengo sueño. De algún modo hay que pasar la noche.

El *sheriff* se desperezó y miró aburridamente hacia la única ventana de su despacho.

—Pues, sí —dijo, bostezando—. Se hizo la identificación. Ya sabe usted, en presencia del juez, del fiscal y todo eso. Pero del dinero, ni rastro. Wolsey no pudo habérselo comido.

—Claro que no. Y si le mataron fue para robarle, eso está claro como el agua.

—Celebro, señor Evans que comparta nuestro punto de vista.

—¿Cómo llegaron a la conclusión de que esos dos jóvenes, los Saxon, eran los culpables?

—Había una montaña de pruebas contra ellos.

—¿Qué pruebas?

—En primer lugar, George Saxon se había quedado sin trabajo un mes antes, por pelearse con un capataz, y en ningún sitio querían admitirle. Eso hizo que su situación llegara a ser muy apurada, tanto que Irma y él pensaron marchar de Abilene. Pero de la noche a la mañana, precisamente un día después de ser asesinado, Wolsey, la fortuna cambió para ellos. Irma adquirió dos bonitos vestidos y George se compró algunas herramientas de labranza para establecer un rancho en unas tierras que hay al norte de aquí. Todo lo que adquirieron ese día valía al menos mil dólares.

—Pero ellos darían alguna explicación, supongo.

—Claro que sí. Pero una explicación tan ridícula, que hizo reír a los miembros del jurado cuando más tarde, tuvieron que repetirla ante ellos. Los Saxon dijeron que un vaquero, apiadado de su situación, les había prestado mil quinientos dólares.

—Pero darían algún indicio para encontrar a ese vaquero, naturalmente.

—¡Quía! ¡Si hasta parece mentira que sean tan estúpidos! Dijeron que el del préstamo era un desconocido, un tipo a quien sólo habían visto una vez y que cinco minutos después de entregarles el dinero se largó de Abilene en un caballo blanco. ¡Vamos! ¡Igual que si fuera el hada madrina!

Jess meneó la cabeza.

—Es una prueba concluyente —reconoció al fin.

—Claro que lo es, pero aún hay otra. George Saxon tenía un viejo revólver, una pieza de museo que por tener el cilindro estropeado no podía disparar más que una bala. Pues bien, la bala

disparada por ese revólver fue encontrada en el cuerpo de Wolsey.

—¿Y qué dijo George Saxon?

—Otra estupidez. Que seguramente le habían robado su revólver para cometer el crimen.

—Es ridículo. No hay ningún jurado que crea unas explicaciones así.

—Por descontado que no. Ésa fue la causa de que el proceso durara un solo día. Hace una semana tan sólo que Wolsey fue asesinado y los culpables ya van a pagar en la horca. No se puede pedir más rapidez.

—Luego dirán que en Texas no hay justicia.

—La hay, amigo, y usted es una buena prueba. En Texas tenemos el verdugo más rápido de todo el sudoeste. ¡El gran Evans! ¿Cuánto le vive a usted una persona colgada de una cuerda?

—Prácticamente no muere hasta el cabo de un minuto, pero pierde los sentidos en menos de cinco segundos. Yo ciño la cuerda con mucha precisión. En cierto modo, es una suerte para el condenado caer en unas manos como las mías.

—Por eso le hemos llamado. No he de negar que nos de cierta pena la pobre Irma. Cuánto menos sufra, mejor.

—Lo procuraré.

En ese momento se oyó ruido de botas claveteadas junto a la puerta.

Jess se volvió y pudo ver a un tipo gigantesco, de irnos treinta y cinco años, vestido como un campesino, pero con buenas ropas. Todo él daba sensación de rudeza, pero Jess se fijó en el detalle de que sus manos eran finas.

—Éste es el capataz Derky —dijo el *sheriff*, sin moverse de su asiento—. Un hombre que tiene un puesto de confianza en el mejor rancho de esta región. Si usted no tiene inconveniente, Evans, va a ser su ayudante.

Evans se fijó en que al tal Derky le obsesionaba la calavera bordada en su chaleco.

—¿Mi ayudante para qué? —preguntó.

—Él dirigirá la construcción del patíbulo. Puede usted mandar lo que desee y Derky le obedecerá.

—Creo —dijo el capataz, mirando a Evans—, que voy a aprender mucho con usted. Es para mí un honor.

—Yo creí que en Texas la gente no necesita aprender a ahorcar.

—En todo hay categorías —dijo el *sheriff*, como si fuese un halago.

—Muy bien. ¿Podría ver ahora a los condenados? Tengo esa costumbre.

—No faltaba más.

El *sheriff* descolgó un manojo de llaves y eligió una con la que abrió una puerta metálica que había detrás de su mesa, a la izquierda. Allí comenzaba un departamento hermético, sin ninguna ventana al exterior, en el que había cuatro celdas.

Sólo dos de ellas estaban ocupadas.

En una había un hombre puesto en pie, con las manos cerradas sobre los barrotes, y en otra una muchacha sentada en su camastro pie parecía rezar o llorar. O quizá las dos cosas al mismo tiempo.

Jess, el *sheriff* y el capataz entraron uno tras otro en el hermético departamento.

Y al ver más de cerca a la mujer que estaba en una de las celdas, Jess estuvo a punto de lanzar un grito.

CAPÍTULO III

No, no era Ellen.

Por un momento, sin embargo, se lo había parecido.

La misma humildad en el gesto, la misma dulzura que Ellen tuvo tiempo atrás y que Jess recordaría siempre. Los mismos cabellos delicadamente rubios que le caían en un suave mechón sobre la frente.

La muchacha alzó los ojos y le miró.

También tenía los ojos azules.

Una Biblia abierta por la mitad descansaba sobre su regazo. Las manos de la muchacha la cerraron poco a poco.

—¿Es que ha llegado la hora? —preguntó, con suavidad.

—No —dijo el *sheriff*—. Le prometo que no la ahorcaremos hasta las seis de la mañana. Mientras tanto, puede estar tranquila.

—¡Vaya tranquilidad! —Gruñó el hombre.

Jess lo miró entonces.

Seguía teniendo las manos cerradas sobre los barrotes de la celda, y sus dedos eran fuertes y rudos, los dedos de un hombre que ha trabajado toda su vida. Claro, pensó Jess, que a veces esas cosas engañaban. Él había visto asesinos que también tenían los dedos así.

El hombre era joven, unos treinta años como máximo, y tenía también los cabellos rubios como su hermana, pero rebeldes y encrespados.

Había dicho «¡Vaya tranquilidad!» en son de burla, riendo despreciativamente.

—Yo preferiría que terminasen ahora —musitó Irma desde su celda—. Estoy preparada desde hace rato. Déjenme llevar la Biblia y condúzcanme al patíbulo.

Luego añadió, con un soplo de voz:

—La noche se me hace insoportable.

—Debe usted esperar hasta las seis de la mañana —dijo el *sheriff* —. Y, además, es mejor. Puede llegar un indulto en estas horas. Nunca se sabe.

—¿Un indulto? —rió George otra vez—. ¿Habla de indultos cuando ese tipo ya ha llegado a la ciudad?

Señalaba a Jess con el mentón. Irma volvió la cabeza y le miró entonces también desde su celda.

—¿Quién es este hombre? —preguntó.

—Es…, es… —el *sheriff* se encontraba en un apuro—. Bueno, este caballero se llama Evans.

—El verdugo, ¿verdad?

—No puedo negarlo, puesto que ustedes lo han de conocer más tarde. Sí, es el verdugo.

La muchacha se levantó del camastro donde estaba sentada y se acercó lentamente a los barrotes. No se dio cuenta de que la Biblia caía desde sus rodillas al suelo. A Jess le impresionó aquella luz pura y blanda de sus ojos azules. ¡Aquellos ojos tan parecidos a los que Ellen tuvo un día!

—Creo que es usted demasiado joven —dijo ella lentamente—, para ser ya un verdugo de tan siniestra fama.

—Empecé muy pronto —dijo él, tratando de simular indiferencia.

—¿A cuántas mujeres ha ahorcado ya?

—No puedo recordarlo. Ocho, diez…

—Supongo que serán más, desgraciadamente.

El *sheriff* interrumpió aquella conversación embarazosa.

—Creo que para ustedes dos es una suerte que el señor Evans haya aceptado nuestra oferta —dijo—. Aunque sea desagradable hablar de esto, les hará sufrir menos que cualquier otro verdugo. Están en buenas manos.

—¿Para qué ha querido conocemos? —preguntó George.

—Es su costumbre.

Irma susurró:

—Que Dios le perdone.

Los tres hombres salieron pesadamente del departamento de las celdas. El *sheriff* cerró la puerta.

—No creo que le den mucho trabajo —dijo más tarde, mirando a

Jess—. George está resignado, y en cuanto a Irma, es como una palomita que sólo desea la muerte.

—Sí.

—¿Está usted cansado, Evans?

—¿Por qué lo pregunta?

—Yo diría que le ha cambiado la cara.

—No haga caso. Llevo muchas horas a caballo y me duelen los huesos, pero eso se me cura bebiendo.

—¿Quiere un trago?

—Prefiero beberlo por ahí, en cualquier sitio.

—Le recomiendo el saloon de Kitty. No cierran en toda la noche.

—Iré allí.

Derky preguntó:

—¿Levanto el patíbulo en el patio? ¿Una sola horca o dos?

—Una sola.

—Bien.

—Pasaré dentro de una hora a revisarla —dijo el falso Evans.

Salió a la calle.

Su corcel, o, mejor dicho, el del difunto Evans, relinchaba impaciente, tirando de la cuerda que le sujetaba al amarradero del hotel.

Jess se aproximó allí y, dijo al encargado que llevaran el caballo a un establo caliente y le dieran agua y medio saco de grano.

Luego volvió a salir.

Todos los establecimientos de diversión estaban cerrados, y por eso destacaba más aquel local adornado con luces rojas y en cuyo cartel se leía:

KITTY'S-SALOON

En Abilene, durante las fiestas ganaderas o cuando pasaban manadas rumbo al ferrocarril, los establecimientos de diversión estaban abiertos toda la noche. Pero ahora la ciudad pasaba por una época tranquila, y sólo el
Kitty's
estaba abierto.

Jess se encaminó hacia allí.

En la barra había varios bebedores. Unas cuantas chicas con

vestidos todos iguales paseaban de un lado a otro. Aquellos vestidos dejaban la espalda al aire y tenían una abertura en la falda, hasta la rodilla. Las chicas presentaban el mismo aspecto aburrido que tendrían si estuviesen en un funeral.

Jess pidió una botella de *whisky*.

Le quedaban pocas horas y tenía que pensar algo. Necesitaba encontrar alguna salida antes de que llegase el momento de la ejecución.

Notó que se había hecho el silencio y que todas las miradas estaban puestas en su chaleco y la calavera con dos tibias bordada en él.

Bebió un vaso de *whisky* como si fuese agua.

Una chica se le aproximó, ondulando las caderas.

—¿Tú eres Evans, no?

—¿Y qué?

—Nunca he besado a un verdugo.

Le echó ambos brazos al cuello y le besó en la boca.

Jess estaba tan quieto como una estatua.

Ella jadeó.

—Eres un verdugo guapo. ¿Repito?

—Déjale ya, estúpida.

La voz había partido de una mesa situada al fondo y era una voz de mujer. Jess y la bailarina se volvieron al mismo tiempo.

La que acababa de hablar estaba, en efecto, sentada a una mesa al fondo del local. Vestía de negro, pero bajo la severa tela se adivinaba la opulencia y juventud de sus formas. Tenía sobre la mesa una botella de *whisky* que apenas acababa de empezar.

Jess preguntó:

—¿Quién es?

—La viuda de Wolsey.

La bailarina lanzó mía carcajada.

—No hagas caso de ella. A veces se pasa toda la noche así, sentada ante una botella de *whisky*, pero sin emborracharse nunca. Nos mira con odio a todas nosotras.

—¿Pero quién es?

Jess parpadeó dos veces.

—¿Wolsey no era el pagador del Banco Ganadero que murió asesinado hace una semana?

—Sí. El hombre cuyos asesinos vas a ahorcar tú en cuanto amanezca.

Jess llenó su vaso de *whisky* y lo vació de un trago.

Luego se acercó a la mujer. Ella no apartaba de él la intensa mirada de sus ojos negros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jess.

—Dalia. Tú eres el verdugo, ¿no?

—Aciertas.

—Ésta es la última noche que paso aquí. Cuando mi marido haya sido vengado, me sentiré más tranquila.

—¿Bebes por eso?

—Necesito hacer algo que me distraiga. La bebida es lo único que tiene significado para mí.

—Quería mucho a Wolsey, ¿no?

—Mucho.

—¿Cuándo os casasteis?

—Hace un año.

—Creí que llevabais más tiempo.

—Bebe.

Jess se sentó a horcajadas sobre una silla, tomó la botella que había sobre la mesa, rompió el gollete de un seco golpe y empezó a beber como un pirata, hasta tener la sensación de que su garganta se ponía al rojo.

—Nos casamos hace un año —dijo ella, lentamente—, sin haber tenido apenas tiempo para conocemos. John Wolsey hizo unas largas vacaciones, estuvo en Boston y me conoció, aunque sólo en un sentido puramente material. De todos modos, ambos sabíamos que ambos a ser felices. Nos casamos y vinimos a vivir a Abilene, Texas. ¡Puerca ciudad!

La mujer tenía una belleza agresiva, un poco salvaje, que a cada palabra que pronunciaba se hacía más patente para el hombre.

—¿Fueron felices?

—Mucho.

—Entonces acepte mi pésame. Pero consuélese pensando que Wolsey debió de morir sin sufrimiento.

—Sí. Debieron de clavarle un balazo en la nuca.

Jess bebió otro trago, sin desviar los ojos que seguía teniendo clavados en la mujer.

—¿Cómo? Ha dicho usted «debieron de clavarle una bala en la nuca». ¿No sabe exactamente si fue así? ¿Por qué emplea la palabra «debieron»?

—Porque en el estado en que se encontraba el pobre John cuando lo hallamos, era ya muy difícil averiguarlo.

—¿En qué estado se encontraba?

—¡Por Dios, no me haga hablar de eso!

Jess bebió otro trago. El alcohol le quemaba, pero no le enturbiaba la mente. En este sentido era como si estuviese bebiendo agua.

—Lo comprendo. Perdóneme.

Se puso en pie y ofreció:

—¿Quiere que la acompañe a su casa?

—Nunca he ido por la calle con un verdugo. Gracias, hermano. Otro día.

—¿No puede olvidar mi oficio?

—Es difícil.

La misma mujer que antes había besado a Jess, se acercó ion el mismo balanceo de caderas.

—Déjala. Es una remilgosa. No hace más que estar ahí, vestida de negro como una momia e insultándonos de vez en cuando. Nos conoce tan bien que cualquiera diría que ella ha trabajado en un saloon, como nosotras. Pero cualquier noche nos vamos a cansar y aparecerá igual que su marido.

Jess la tomó por un brazo y la llevó hasta la barra. Allí la volvió a besar.

Lo único que quería era que los demás pensasen que aquella mujer le interesaba por sí misma.

Luego la sentó en la barra.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó.

—¿A quién?

—A Wolsey.

—¡Oh, Evans! ¿Es que no puedes olvidar que eres un verdugo? ¿Después de besar a una chica le preguntas esa tontería?

—No es una tontería.

—Bueno, como quieras. Los hombres tenéis unos temas de conversación tan extraños… Encontraron el cuerpo de Wolsey completamente devorado por los buitres. En realidad, era ya algo

así como un esqueleto.

—¡Diablos! ¿Y cómo fue reconocido, entonces?

—No deberías ni preguntar eso. Le reconocieron por las ropas y por la estatura. No hay manera de equivocarse en eso.

Jess dijo:

—Claro que no.

Además, por la forma del cráneo. ¡Cómo se ve que tú solo te has dedicado a ahorcar hombres!

—Cierto. Y uno se va volviendo idiota.

—Pues a mí me gustan los idiotas, nene.

Fue a saltar desde la barra, donde estaba sentada, para lanzarse a sus brazos. La voz de Dalia lo impidió.

Dalia ya se había puesto en pie, llegando junto a ellos sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

—Creo que esa mujerzuela acabará estropeándote —dijo—. Mejor será que me acompañes a casa.

—¿Entonces, aceptas mi oferta?

—Lo hago por tu bien, para que esta bruja no acabe engatusándote.

—¡Sí que te preocupas por el porvenir de un verdugo!

—Es que, a pesar de ese oficio, no pareces mal chico.

La bailarina tendió entonces las manos para arañarla. Jess la tuvo que sujetar.

—De modo que voy a pervertirle, ¿eh? —Gruñía la del saloon—. ¿Y tú, qué hiciste con John Wolsey? En nueve meses de casados no se vio que os besarais una sola vez. Nada, ni tocaros la manita. ¡Él no te podía aguantar y tú no podías aguantarlo a él! Por eso tienes envidia a las que sabemos manejar a los hombres, ¿no? ¡Por eso, estúpida!

Jess empujó a Dalia hasta a salida, porque de lo contrario, habría tenido lugar allí una pelea entre mujeres, siempre más cruel e innoble que una pelea entre hombres.

Los del saloon, sin embargo, lo lamentaron.

—¡Qué lástima! ¡Déjalas!

—¡Queremos ver cómo se mueven dos chicas guapas!

—¡Cuanto más se tiren por el suelo, mejor para nosotros!

Jess sacó a Dalia de allí.

La calle estaba oscura y tema un aspecto incluso siniestro, con

todas sus puertas y ventanas cerradas. Jess pensó sin querer en los dos que esperaban la muerte para dentro de pocas horas. Un hombre de treinta años y una chica de veintidós.

Preguntó:

—¿Dónde vives?

—Hay que doblar por la primera travesía a la izquierda. Una casa vieja.

Doblaron y anduvieron unas cuantas yardas, hasta encontrar la «casa vieja». El calificativo no le estaba aplicado exactamente, porque era casi ruinosa. Y aunque algunos detalles revelaban que había sido arreglada recientemente, no era ni con mucho una vivienda confortable.

—¿No podía tener tu marido un alojamiento mejor? —preguntó Jess.

—Estábamos pensando en cambiarnos, pero de momento él ganaba poco. Manejaba mucho dinero que siempre iba a parar a manos de los demás.

—¿Cómo, el que le robaron?

—Exacto. Como el que le robaron.

Entraron en la casa.

Ésta estaba amueblada de una manera muy sumaria, como si se tratara de una vivienda provisional. No había allí ninguno de esos detalles que dan su fisonomía a un hogar.

Jess comentó:

—Se ve que ibais a marcharos pronto.

—Sí, ya te lo he dicho. ¿Quieres aceptar una copa?

—Nunca viene mal.

—Creo que tengo una vieja botella guardada en el dormitorio.

Entró por una de las puertas. La casa tenía una sola planta y todas las habitaciones daban a la gran sala de la entrada. Jess vio distraídamente que la habitación donde Dalia acababa de entrar era el dormitorio, en efecto. Había allí un gran armario y una sola cama muy estrecha.

Difícil era que dos personas pudiesen dormir allí.

Jess no supo nunca por qué actuó como lo hizo a continuación. Pero lo cierto es que se encaminó a otra de las puertas, la abrió y pudo ver que allí había un nuevo dormitorio.

Éste era más severo y daba toda la sensación de haber sido

ocupado por un hombre.

Jess cerró la puerta.

Dalia, desde la entrada de la otra habitación, le estaba mirando con una botella y dos copas en la mano.

—¿Qué buscas, Evans?

—Quisiera mojarme la cara. He bebido demasiado, tal vez.

—La cocina está en la puerta de tu izquierda. Hay una bomba para sacar agua y una toalla limpia.

—Gracias.

Jess fue a la cocina, hizo funcionar la bomba y se mojó un poco las facciones. Mientras, una serie de extraños pensamientos llenaban su cráneo.

Lo peor era que no sabía ordenarlos.

¿Qué significaba el que en aquella casa hubiera dos dormitorios?

Nada. Sencillamente que cada cónyuge tenía su habitación particular y nada más. Aunque esto no estuviera muy de acuerdo con las costumbres del Oeste, no había que olvidar que el difunto Wolsey y su mujer se habían conocido en Boston.

Salió secándose.

La mujer había escanciado dos copas.

Tenía las piernas cruzadas y no se había preocupado ni poco ni mucho por la posición de la falda. Sus piernas eran bonitas, diablos. Ya no se parecía en nada a la mujer que Jess había conocido en el saloon, abrumada y como embrutecida por el alcohol.

Se dio cuenta de que Dalia sabía también cómo manejar a los hombres.

Pero, no quiso seguir mirándola.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Ella miró un viejo reloj de pared de cuya existencia no se había percatado Jess.

—Las doce y media. Faltan cinco horas y media para la ejecución. ¿Es que estás preocupado por esos dos asesinos?

—¡Oh, no!

—Parece como si no te gustara tu trabajo.

—Estoy cansado. Aunque parezca mentira, para ahorcar a alguien hace falta tener los nervios bien.

—¿Quieres dormir un par de horas? Puedo cederte mi habitación.

—Mejor dormiría en la del difunto Wolsey. Es más adecuado, ¿no?

—¿Te ha extrañado que John y yo tuviéramos cada uno su habitación independiente?

—Al principio me ha extrañado porque ésta no es la costumbre del Oeste, pero luego he recordado que tú y él os conocisteis en Boston.

—Allí la gente no es tan ruda como en Texas —aclaró Dalia.

—Lo comprendo.

Y Jess bebió el contenido de su copa.

—Cinco horas y media —dijo en voz baja, como si aquello le obsesionase.

—¿Es que vas a tener lástima de esa chica?

—Yo nunca he tenido lástima de ninguna mujer.

—¿Eres soltero?

—Sí.

—¿Sin novia?

—Sin novia.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Eres un hombre atractivo.

—Gracias por tu opinión, pero eso no significa gran cosa para algunas mujeres.

—Ya veo que alguna te traicionó.

—¿Y qué importa eso?

—Puede importar mucho, incluso para un hombre como tú. ¿Cómo se llamaba la muchacha?

—Ellen.

—Hay miles de mujeres llamadas Ellen en el Oeste.

—Por eso es mejor olvidarla.

Jess volvió la espalda a la mujer para no ver lo atractiva que era. Además, el luto sienta bien a determinadas damiselas, y a ésta le sentaba. Seguro que Dalia lo sabía. Seguro, que estaba convencida de que así su belleza destacaba más.

En un cuadro colgando de la pared, se veía a un grupo de hombres serios y bien vestidos sentados alrededor de una mesa.

La dedicatoria decía: «A nuestro amigo John Wolsey, sus compañeros del Consejo de Administración de la Compañía

Bentham».

—¿Quién era John? —preguntó Jess, sin volverse.

—El segundo de la izquierda.

Jess volvió a mirar. John era un tipo ni flaco ni grueso, ni moreno, ni pálido, ni elegante ni descuidado. Uno de esos tipos que parecen haber sido hechos para pasar inadvertidos en todas partes. Debía tener unos treinta y dos años cuando se obtuvo aquella fotografía.

—Así que estaba en un Consejo de Administración… —preguntó distraídamente Jess.

—Sí, en el de la Compañía Bentham.

—Debía de ganar bastante dinero.

—Es de suponer, aunque ya había dejado aquel empleo cuando yo le conocí. Lo dejó porque no le gustaba.

—Me parece una cosa muy natural, aunque, desde luego, perdió en el cambio.

—Esas cosas hay que mirarlas. Cuando uno es desdichado tiene que cambiar.

—Lo comprendo.

Depositó su vaso sobre la mesa, volviéndose. Y sus ojos se clavaron en los ojos de Dalia.

—Gracias por tu invitación. Has sido muy gentil al ofrecerme tu casa.

—¿Es que te marchas?

—Quiero descansar un poco antes de que llegue la hora.

—¿Por qué no te quedas a descansar aquí?

—Si lo hiciese, la gente murmuraría.

—La opinión de los habitantes de Abilene me importa bien poco. Dentro de unas horas salgo también de la ciudad.

—¿Te establecerás en otro sitio?

—Sí. Es posible que vuelva a Boston.

—¿Por qué no has marchado antes? Todo esto tiene que ser muy desagradable para ti.

—Quería estar convencida de que los asesinos de John eran castigados. Y no lo han sido aún.

—Ya falta bien poco.

—Espero la hora con impaciencia.

Se sirvió un vaso de *whisky* lleno hasta el borde, y lo bebió como

si fuera agua.

Otra vez aquella mujer daba la misma impresión que cuando estuvo en el saloon. Volvía a parecer una mujer que bebe y se embrutece para olvidar algo terrible.

—Por última vez, Evans. ¿Quieres quedarte? —preguntó.

—Mañana puede que te acompañe en tu camino a Boston, Dalia. Pero esta noche necesito descansar.

—Como te parezca.

Jess no quiso forzar la situación. Dalia, era una mujer inquietante, tentadora. Podía cambiar las cosas con sólo mirarle de otro modo y ponerse en pie. Por eso él salió sin mirarla.

Fue directamente a su hotel, sin pararse en ningún otro sitio, aunque caminando despacio y por lugares bien iluminados.

Tomó la llave de su habitación, subió a ella, y sin encender la luz, puso la almohada tendida en la cama de modo que pudiera dar la impresión de un hombre acostado. Luego se guardó la llave en el bolsillo, se cercioró de que la luna estaba oculta tras unos nubarrones negros y levantó la ventana de guillotina para saltar por ella.

Estaba en un primer piso. No era difícil.

Lo único que tenía que procurar era emplear los relieves del edificio para llegar hasta abajo sin hacer el menor ruido.

Empezó a descender.

Pero todavía no se había apartado por completo de la ventana cuando creyó oír un ruido dentro de la habitación que acababa de abandonar.

Como si alguien hubiese abierto la puerta.

Se ladeó y trató de mirar por la ventana disimuladamente.

Fue entonces cuando la noche se convirtió en un infierno.

CAPÍTULO IV

Más tarde, Jess se preguntaría por qué había hecho aquello.

¿Por qué había colocado la almohada de modo que pareciese un hombre dormido? ¿Por qué había saltado por la ventana del hotel para iniciar sus investigaciones mientras todos le creían descansando?

Exactamente, no lo sabía.

Había sido todo como un presentimiento.

Los que han vivido siempre en la pradera, como unos pistoleros acorralados, tienen un instinto especial para oler la muerte. Adivinan por dónde ha de venir.

Y Jess Colman había adivinado que esta noche sería una noche de sangre.

Tomando impulso con un solo brazo, saltó otra vez al interior, ya me la ventana seguía abierta. Los dos nombres que estaban dentro de la habitación ni tan siquiera se fijaron en él. Estaban acribillando la cama con dos escopetas de perdigones, de modo que la almohada —que ellos suponían la figura de un durmiente—, tenía tantos agujeros como un colador. Jess pensó que, si él llega a estar en el lugar de la almohada, ya no le quedaría ni una gota de sangre.

Los dos aparecidos tiraban como salvajes, recargando con nuevos cartuchos sus escopetas de dos cañones después de apretar los gatillos. La habitación olía a pólvora, a destrucción y a muerte.

Era como un infierno.

Jess contó doce disparos en total, o sea que cada uno de los tiradores recargó tres veces su escopeta de dos cañones. Y todo eso lo hicieron con una inusitada rapidez.

Tanto, que habían terminado ya de disparar cuando se dieron

cuenta de que resultaba extraña aquella inmovilidad de bulto. Lo normal era que al primer disparo se hubiese movido lanzando un grito de dolor. A menos que los primeros perdigones le hubiesen alcanzado ya directamente en la nuca.

Uno de ellos recargó nuevamente su escopeta, mientras gruñía:

—Tira de esas ropas, Latter.

Latter obedeció.

Ambos asesinos lanzaron al mismo tiempo un alarido, al darse cuenta de que habían estado acribillando una simple almohada, instintivamente, miraron hacia la ventana. Jess Colman, desde allí, les estaba apuntando ya con un revólver.

Lo más fácil para él habría sido coserlos con plomo dentro de la habitación. Pero eran un blanco demasiado fácil. Matarlos así habría sido casi un asesinato.

—Soltad esos petardos —ordenó—. La función ha terminado.

Sin embargo, no contaba con que aquellos dos tipos eran asesinos profesionales de los que no se dejan vencer a la primera intimidación.

Uno de ellos, el que tenía ya la escopeta cargada, hizo girar el cañón en fracciones de segundo y disparó contra la ventana.

A aquella distancia, su tiro tenía que ser mortal.

A un hombre alcanzado en plena cabeza por más de treinta perdigones, no lo reconoce luego ni su propia madre.

Jess tuvo el tiempo justo para dejarse caer hacia abajo, sujetándose sólo con una mano. Los plomos mortíferos pasaron por encima, rozándole casi las falanges de los dedos.

Jess adivinó que ahora tirarían contra su mano, única parte de su cuerpo que era visible.

Se dejó caer.

Ahora ya no le importaba hacer ruido, porque aquellos dos tipos habían puesto en conmoción a la ciudad miera.

Cayó de pie, flexionando las piernas, y preparó el revólver.

Uno de los hombres, el llamado Latter, apareció por la ventana con un «Colt» amartillado.

Jess disparó una vez y tuvo la sensación de que le rozaba la cabeza, pero Latter logró dejarse caer hacia atrás, hacia el interior de la habitación, desapareciendo.

Jess Colman corrió ahora en zigzag hacia la puerta del hotel,

para acorralar a los dos asesinos.

Al llegar al vestíbulo los vio en lo alto de la escalera. Ambos se preparaban para descender. Habían abandonado las escopetas, que en aquella clase de luchas para nada les servirían y ahora empuñaban sus «Colt».

Jess tiró una sola vez contra el que estaba delante. Resultó ser también el llamado Latter, el cual tenía ya una herida en la oreja derecha.

Le alcanzó en el abdomen. Latter se dobló y empezó a rodar escaleras abajo, mientras disparaba también entre espasmos de dolor. Su compañero saltó hacia atrás escabullándose.

Jess hizo cuatro disparos más contra Latter mientras éste rodaba escaleras abajo.

Toda la carga que había en el cilindro de su revólver derecho.

Cuando llegó al nivel de las palmeras enanas que habían adornado el vestíbulo, Latter estaba más muerto que el primer presidente de Estados Unidos.

Jess comprendió entonces que su otro enemigo saltaría por cualquiera de las ventanas de la parte posterior del hotel.

E iba a salir nuevamente a la calle, mientras recargaba su revólver, cuando se tropezó con el *sheriff*.

El representante de la ley había acudido atraído por las detonaciones.

—¿Qué ocurre, Evans? ¿Es que ahora mata a los hombres con revólver, además de ahorcarlos?

—Han intentado asesinarme.

—¿Quién?

Precisamente eso era lo que intentaba averiguar. Jess. Pero resolvió dar una explicación que por el momento dejase satisfecho al *sheriff*, aunque no fuese exacto.

—Alguien que simpatiza con esos dos condenados muerte y que ha intentado retrasar su ejecución liquidando al verdugo.

—No es posible. Parecía que todo el mundo estaba de acuerdo en que esos dos debían ser ahorcados.

—Pues hay alguien que no lo está.

Y señaló con el revólver el cadáver que yacía contorsionado al pie de las escaleras.

—¿Cuántos eran? —preguntó el *sheriff*.

—Dos.

—¿Dónde está el otro?

—Ha logrado escapar… por el momento.

—Yo me encargaré de buscarlo —dijo el de la estrella—. Vamos a dar una batida por toda la ciudad.

—De eso me encargo yo, *sheriff*.

—No puede arriesgarse. Le hemos pagado para que ejecutase a dos personas no para que arriesgase la piel persiguiendo asesinos.

—Puede que esos tipos quieran precisamente que usted les persiga y deje más desguarnecida la cárcel *sheriff*.

El sencillo razonamiento pesó de una forma decisiva en el ánimo del representante de la ley.

—Está bien, Evans. Haga lo que le plazca.

El falso Evans se alejó de la fachada del hotel, corriendo hacia la parte trasera del mismo.

Desde luego, él no creía que alguien hubiera intentado retrasar la ejecución de los dos hermanos. Porque, aunque él hubiese muerto, ambos habrían sido ejecutados igual por cualquier otro verdugo. Pero había dicho aquello al *sheriff* para libra se de él.

Lo que en realidad pensaba Evans era bien distinto. Alguien había querido matarle precisamente porque estaba preguntando demasiadas cosas sobre los dos condenados. Habían querido matarle para que aquel asunto no se removiera más.

Lo que en realidad ansiaba la persona que había pagado a aquellos dos asesinos, era que George e Irma fueran ahorcados sin remedio a las seis de la madrugada.

Una vez en la parte trasera del hotel, Jess escrutó atentamente las sombras de la calle.

Nada parecía moverse allí.

Nada… ¡excepto aquel revólver cuyo metal había lanzado reflejos a la luz de la luna!

Jess lo vio en el último segundo, cuando el revólver asomaba por encima de la curva de uno de los tejados. Tomando impulso con un solo pie, dio un fantástico salto y salió de la zona iluminada por la luna, donde se había encontrado hasta entonces. Tres balas siguieron instantáneamente su salto, picoteando la tierra.

Jess chocó contra el porche trasero del hotel, rodando sobre el polvo, mientras veía a su enemigo saltar como un gato hacia la otra

vertiente del tejado.

Tenía que vérselas con un tipo astuto y decidido a todo. Después de salir del hotel había atravesado la calle, parapetándose en el tejado de aquella casa frontera. Sabía que Jess terminaría apareciendo por allí y seguramente mostrando un exceso de confianza. No se había equivocado. Había estado a punto de acribillar a Jess.

Pero éste no cometería dos veces el mismo error.

Arrastrándose sobre los codos, sin salir de la zona oscura, llegó a la esquina del hotel, frente a la cual estaba situada también la esquina del otro edificio.

No se oía el menor rumor. Parecía de pronto como si aquella calle fuese el paseo dg un cementerio.

Jess contuvo incluso la respiración.

Vio aparecer, de pronto, la cabeza de su enemigo por una de las esquinas de la casa.

Era increíble. Aquel tipo ya había logrado descender desde el tejado a la calle. Y sin causar el menor ruido. ¡Mejor que si fuera un gato!

El asesino también le vio a él.

Dispararon los dos al mismo tiempo.

Jess sintió el aullido de la bala junto a su oreja izquierda, y tuvo incluso la sensación de que el proyectil se le había llevado algunos cabellos. Vio que su enemigo se tambaleaba. La bala había dado en el blanco, atravesándole probablemente el hombro derecho.

La prueba de que aquello debía ser cierto fue que su enemigo se pegó ahora a la pared de una forma distinta para tirar con la mano izquierda.

Jess se puso en pie y zigzagueó hacia la esquina opuesta para dar la vuelta al edificio y cazar a su enemigo por la espalda.

Éste pensó precisamente lo mismo.

Como los dos se dirigían precisamente a la misma esquina, el ruido de los pasos de uno avisó al otro. Ambos se detuvieron con sus revólveres a punto. Jess comprendió que aquella esquina no podría ahora doblarla ninguno de los dos.

Sabría sido igual que suicidarse.

Aguardó, con todos los nervios en tensión. Un minuto, dos… No se oía el menor ruido. Seguro que su enemigo no llevaba espuelas.

De pronto, quizá demasiado tarde, Jess comprendió.

Debía de ser fácil subir al tejado de aquella casa. Habría una escalera tal vez. ¡Y aquel silencio sólo podía significar que el asesino estaba ya encima de su cabeza!

Jess saltó de costado.

La bala que iba destinada a atravesarle el cráneo de arriba abajo se empotró en el suelo, a unas pulgadas de su cuerpo.

Jess se dejó caer a tierra, panza arriba, moviendo los dos revólveres a la vez.

Ofrecía así a su enemigo un excelente blanco, pero estaba también en una posición ideal para disparar.

Hizo fuego dos veces, tensando alternativamente ambos brazos.

Su enemigo recibió los plomos en el pecho, se dobló trágicamente y cayó desde el tejado de la casa al suelo polvoriento de la calle.

La casa sólo tenía una planta, y aunque el golpe fue muy intenso, el herido aún se pudo levantar, echando a correr en zigzag hacia una zona de sombras. Jess no disparó porque aquel hombre le daba la espalda.

Además, sabía que estaba herido de muerte. Le había clavado los dos plomos cerca del corazón, de eso estaba seguro. Su desesperación aún le daba fuerzas para correr, pero no llegaría lejos.

Jess se puso en pie y fue tras él.

El herido corría hacia la llanura que empezaba detrás de las más próximas casas.

Pero no llegó muy lejos. Se introdujo tambaleándose en una de éstas. Jess fue hacia allí.

Un disparo de rifle arrancó tierra a sus pies y le hizo detenerse.

¿Qué era aquello? ¿Otro enemigo? ¿O es que su adversario aún había encontrado fuerzas para empuñar un rifle y hacer fuego?

Tres balas más le siluetearon. Quienquiera que fuese el que disparaba, debía verle muy confusamente y estaba nervioso. De otro modo, no se explicaba que derrochase las balas de aquel modo. En cuanto tuviese que recargar su arma, se iba a ver en un apuro.

Eso sucedió un minuto más tarde.

El desconocido enemigo había agotado toda la carga. Entonces debió empezar a manejar balas febrilmente, mientras Jess se

acercaba a toda la velocidad posible.

Unos segundos después, ya estaba ante la puerta. Con los revólveres preparados, le propinó un puntapié y abrió.

Vio a su primer enemigo, con dos balazos en el pecho y uno en el hombro, desangrándose sobre el regazo de una mujer.

No se movía ni respiraba. Estaba ya muerto. Por las dos heridas cercanas al corazón se le estaba escapando toda la sangre del cuerpo.

Una mujer estaba de rodillas y con el muerto sobre su regazo. Había logrado ya cargar una bala. Iba a disparar.

Jess, de un solo balazo, hizo polvo la caja del rifle, sin tocarla a ella.

Sólo entonces sus ojos subieron hasta el rostro de la mujer.

Y sus labios se distendieron para exclamar:

—¡Tú!

Capítulo V

Ella le miraba también con ojos donde se leía el asombro más brutal, más absoluto.

En un año y medio no se habían visto. Un año y medio había transcurrido desde que Jess asaltó una diligencia y robó uno de los caballos para que ella, acusada de complicidad con unos ladrones de Bancos pudiera huir. Un año y medio hacía, aproximadamente, desde que él fue detenido, juzgado e ingresado en la cárcel de Big Springs.

Dieciocho meses.

Ella ya no era la misma, pues había perdido incluso los últimos restos de su dudosa pureza de antaño. Iba vestida como una dama de saloon, con un ceñido vestido de lentejuelas, falda abierta hasta el muslo, atrevido escote y medias oscuras. Todo en ella hacía pensar que no era otra cosa que una profesional de su belleza física. Pero sus labios seguían siendo diabólicamente rojos y sus ojos despedían aquellos reflejos azules de antaño. Todavía era una mujer que podía enloquecer a cualquier hombre con sólo proponérselo. ¡Con sólo proponérselo!

Jess murmuró:

—Hola, Ellen.

—¿Qué haces aquí tú? —jadeó ella—. ¿Qué haces aquí tú con esa calavera bordada en el pecho?

—Oficialmente me llamo Evans el Verdugo.

—Pero…

—Como sueltes una sola palabra de más, nena, te deshago la cara a culatazos.

Ella calló, aunque sus labios temblaban. Jess miró, entonces atentamente al cadáver.

Lo había visto fugazmente las veces que disparó sobre él, pero sin reconocerlo. Ahora aquel rostro exangüe le trajo a la memoria otro que había visto en los pasquines docenas de veces. Haciendo un esfuerzo, pude articular:

—Es Coburn.

—Sí. Y tú le has matado.

—Coburn fue acusado de haber asaltado aquel Banco cuando tú me dijiste que necesitabas huir como fuese porque te acusaban de ser cómplice suyo. Pero entonces me juraste que nada tenías que ver con él, Ellen. Me lo juraste con lágrimas en los ojos.

Ella rió despectivamente.

—Nunca te fíes de los ojos de una mujer.

—¿Entonces, era cierto que habías ayudado a Coburn? ¿Entonces era cierto que al huir sólo pensabas regresar con él?

—Sí.

Ahora fue Jess el que rió. Rió con desprecio hacia sí mismo, con una especie de asco de su propia persona.

—¡Qué buen muchacho era yo entonces, Ellen! ¡Dios mío! ¡Cómo hubiese creído cualquier cosa que tú me dijeras! Hubiese creído incluso que Coburn iba a ser elegido presidente de Estados Unidos y que tú ibas a servir de modelo para una estatua de la Virtud. Entonces yo tenía fe en todo, Ellen. En los hombres, en las mujeres… Pero han pasado dieciocho meses.

—A pesar de eso, tiras igual que antes.

—Es lo único que me queda Y ahora vas a decirme un par de cosas, antes de que llegue gente. Coburn, en compañía de otro tipo que también está muerto, han intentado asesinarme. No creo que lo hayan hecho por casualidad ni que tuvieran contra mí ningún motivo personal de odio. Alguien les ha pagado por ese trabajo. ¿Quién?

—Pregúntaselo al mismo Coburn. Él lo sabrá mejor que yo.

Jess hizo voltear su revólver derecho, asiéndolo por el cañón y dejando libre la culata, como si fuese una maza.

—¿Quién, Ellen?

—No lo sé.

—No me harás creer que Coburn no te explicaba nada. Sin duda, estabas viviendo con él.

—Matar a un hombre era para Coburn un trabajo de poca

importancia. No tenía necesidad de explicarme una cosa así.

—Muy bien, Ellen. Lo siento, pero creo que tú y yo vamos a tener que continuar esta conversación con la ayuda de unas caricias.

Fue a aproximarse a ella, con el revólver levantado. No quería golpearla aún. Asustarla solamente.

Fue en ese momento cuando algo pareció relucir en la única ventana de la casa.

Jess miró hacia allí y estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque jamás se había encontrado ante una visión tan espantosa y horrible como aquélla.

CAPÍTULO VI

Lo que Jess vio no parecía propio de una ciudad del Oeste como Abilene. Hubiese resultado más adecuado —si es que aquello era adecuado en algún sitio—, en una ciudad un poco siniestra, como Nueva York o Boston. Pero nunca en Abilene, una ciudad donde el único misterio consistía en saber quién dispararía más rápidamente un «Colt».

Porque lo que Jess vio a través de la ventana era extraño y escalofriante.

Una figura completamente vestida de negro, con unas ropas hechas jirones y que le venían anchas, dentro de las cuales parecía moverse como un fantasma. Sus manos y su rostro estaban completamente cubiertos de vendajes, dejando tan sólo unos agujeros minúsculos para los ojos.

Daba la sensación de una pesadilla.

Igual que si una momia recién resucitada se hubiese vestido de negro poniéndose a andar por las calles de Abilene.

La extraña aparición le estaba contemplando desde la única ventana de la casa.

Luego, tal como había llegado, se esfumó.

Igual que si se la hubiese tragado la noche.

Jess bajó el revólver poco a poco y sus ojos fueron desde la ventana al rostro de Ellen.

Musitó:

—¿Quién era esa especie de fantasma? ¿Le conoces?

—Sí.

—¿Quién era?

—Se llama Dockson y es un leproso. Su rostro y sus manos son tan horribles que él mismo se las cubre con vendas para no causar

terror. No comprendo cómo ha entrado en Abilene. Vive solo en una choza al norte de la ciudad y tiene prohibido llegar hasta aquí. Si el *sheriff* lo ve, lo expulsará a tiros porque hay peligro de contagio.

—Lo comprendo.

Jess guardó el revólver en su funda. La inesperada y fantasmal aparición le había hecho olvidar su propio problema. De repente, ya le parecía poco importante seguir interrogando a Ellen.

—Lo siento por ese pobre hombre —dijo—. Me gustaría ayudarle.

—Tú siempre tan buen chico, Jess. ¿No sabes que nadie puede hacer nada por un leproso?

Ellen se fue poniendo en pie, apartando con gran cuidado de su regazo la cabeza del muerto.

Jess dejó caer junto a él un fajo donde había unos cuantos dólares.

—Entiérralo.

—No creas que esto va a quedar así, Jess. Te mataré como tú has matado a Coburn.

—Muy bien. Pero antes dime quién le ha pagado para que me asesinase.

—No lo sé.

—¿Tan poco confiaba Coburn en ti?

—Ya te he dicho que para él matar a un hombre no tenía demasiada importancia.

—Pero, éste era, sin duda, un trabajo mejor pagado que los otros. Por fuerza has tenido que notar algo en él.

—Sé que alguien ha tenido a verle hace apenas media hora y que entonces ha salido precipitadamente en compañía de Latter, con el que estaba jugando una partidas de cartas. Sin duda, la persona que le ha visitado es la que le ha encargado ese trabajo, pero ignoro completamente quién es.

—¿No puedes tener ni la más remota sospecha? Piensa que Coburn ya está muerto y que en cierto modo ha caído por culpa de la persona que le encargó este trabajo. De nada te va a servir guardar silencio. ¡Por todos los infiernos! Callando no remedias nada.

—Es que no lo sé —insistió ella, tercamente—. Te juro que no

tengo ni la más remota idea.

Parecía sincera. Aunque fiarse de ella resultara estúpido, esta vez podía decir la verdad. «El que decidió pagar a dos asesinos para que me liquidaran tuvo que obrar con gran rapidez», pensó. Era muy posible que Ellen no hubiera tenido tiempo de ver ni oír nada.

Dio media vuelta.

—Entiérralo —repitió, secamente.

Y ella repitió también:

—Te mataré, Jess. Te mataré como a un perro.

Se acercaba gente a la casa. Las pisadas se oían ya al otro lado de la puerta.

—Te mataré —repitió ella, sordamente.

Él se volvió.

—Es triste que el amor que un día te tuve haya tenido que terminar así —dijo, inclinando la cabeza—. Pero si de algo te sirve saberlo, te diré que yo no deseo hacerte ningún mal.

Alguien estaba ya abriendo la puerta de la casa.

—No te haré ningún daño —insistió él—, mientras no me llames Jess delante de otras personas. Para todos soy Evans el Verdugo. No lo olvides: Evans. Va tu vida en ello.

La puerta se abrió. El *sheriff*, seguido de uno de sus alguaciles, apareció en el umbral.

Dirigió una rápida mirada a Jess, luego otra a la mujer, y, por último, sus ojos dedicaron al cadáver una mirada profesional y fría.

—¡Diablos! —Gruñó, al fin—. ¡Pero si es Coburn!

—¿No sabía usted que Coburn estaba viviendo en Abilene, *sheriff*? Vivía en compañía de esta mujer.

—Desde luego lo sabía, pero preferí no meterme con él y no buscarme complicaciones, ya que no está reclamado en este condado. ¿Es él uno de los tipos que intentaron matarle?

—Sí.

—Ya veo que lo ha cazado bien. No imaginaba que tuviera usted tan buena puntería, Evans. Yo había oído decir que era capaz de colgar por el cuello a una pulga, pero nunca hubiera imaginado que manejase el revólver de ese modo. Coburn tiraba bien.

—Lo sé.

—En cierto modo, me alegro de que lo haya matado porque me ha quitado una preocupación de encima. ¿Pero cuáles fueron los

móviles? ¿Tenía él algún motivo de odio contra usted?

—No. Ni tan siquiera habíamos hablado nunca. Alguien le pagó para que me eliminase.

—¿Quién?

—Eso es lo que yo quisiera saber.

—Desgraciadamente, Coburn ya no podrá aclarárselo.

—Él, no. Pero confío averiguarlo.

El *sheriff* se acercó a Ellen.

—¿Se encargará usted de hacer enterrar a este hombre o prefiere que nos ocupemos nosotros de eso?

—Me encargaré yo misma.

—Muy bien, a su gusto. —Se volvió hacia su ayudante—. Charlie, échale una mano para sacarlo de aquí y llevarlo a la funeraria del viejo Isaías. El muy granuja se alegrará al tener clientes de la categoría de Coburn. Y usted, Evans, ¿no quiere echar un trago después de todas estas emociones?

El falso Evans no contestó. Se limitó a dirigir una mirada a Ellen, mientras el agente se cargaba el cadáver a la espalda y salió de la casa.

El *sheriff* le siguió.

A la luz vacilante de un farol de petróleo consultó su pesado reloj de bolsillo.

—La una de la madrugada —dijo—. Sólo faltan cinco horas para la ejecución.

—Cinco horas.

—¿Está usted nervioso, Evans?

—¿Por qué había de estarlo?

—Han intentado matarle. Normalmente, la vida de los verdugos es más tranquila.

—Yo siempre he creído, en cambio, que los verdugos, mueren jóvenes. Pero puede estar tranquilo por mí. Eso no me impresiona.

Entraron en la oficina del *sheriff*.

Éste se sentó tras su mesa, puso ambos pies encima de su carpeta de trabajo, tiró de un cajón y extrajo una botella de *whisky*.

—Sírvase, Evans.

Jess se llenó un vaso hasta el borde.

—¿Cómo están? —preguntó.

—¿Los condenados?

—Sí.

—¡Pché! No se portan mal. Creí que harían algún aspaviento, la verdad, porque a nadie le gusta morir tan joven. Pero la chica lee su Biblia sin decir ni pío, y George recorre su celda de un lado a otro con las manos a la espalda. Veremos qué tal se portan cuando llegue el momento. A lo mejor se rajan al ver la cuerda.

—No lo harán.

—Tiene usted fe en ellos, ¿eh? ¿Los considera valientes?

—No hay nadie que afronte con más valor la muerte que el que ya está resignado a morir. Y ellos lo están.

Bebieron en silencio.

—No hablemos de ellos —dijo luego Jess—. Usted tiene también otras preocupaciones. Ha de buscar a otros hombres.

—¡Bah! ¿Se refiere a los dos fugitivos del presidio de Big Springs?

—Sí, ésos, por ejemplo —musitó Jess, tratando de aparentar indiferencia.

—El asunto ya está resuelto.

Hubo algo en el tono del *sheriff* que hizo ponerse en guardia a Jess.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Han muerto.

—Lo sabe usted muy pronto, no lo entiendo. ¿Es seguro que han muerto? ¿Y los dos?

—Uno de mis agentes, precisamente el que ha llevado a la funeraria el cuerpo de Coburn, estaba esta noche dando una batida reglamentaria por las afueras de la ciudad, a ver si observaba algo sospechoso. Y ha encontrado los dos cuerpos en una especie de barranco que hay junto a una hilera de árboles. Usted, claro, no conocerá nada de eso.

—No, naturalmente.

—Pues bien, los ha encontrado. Parece mentira la de buitres y alimañas que llega a haber en Texas.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que le ha llamado la atención precisamente el gruñir de unos coyotes y el aleteo de unos pajarracos. Ha pensado que por allí tenía que haber algún cadáver y ha ahuyentado a balazos a los bichos. Dice que era terrible ver cómo habían quedado ya los dos

cuerpos.

—¿No se les podía identificar?

—Sí, por las ropas. Eran ellos, no cabe duda. Debieron de pelearse y acabaron matándose. Esa clase de tipos siempre tienen un final así.

Alzó el vaso y se atizó una doble ración de *whisky*, como si con aquello diera carpetazo al asunto.

«De modo que los conocieron por las ropas», pensó Jess.

Aquello significaba la liberación para él. Le darían por muerto y ya no le buscarían más. Había tenido una suerte como jamás se atrevió a soñar. Las cosas habían marchado de tal modo que dentro de unos días la prisión de Big Springs sería para él como un pedazo de otro planeta.

Sin embargo, había algo que le obsesionaba. Era aquella frase: «Los identificaron por las ropas».

¿Por qué parecía como si se hubiese grabado a fuego en su mente?

No lo sabía aún.

Pero más tarde habría de comprenderlo.

CAPÍTULO VII

Desde la oficina del *sheriff* se oían unos sordos martillazos.

—¿Qué es eso? —preguntó Evans—. ¿Está Derky preparando el cadalso?

—No. Hace un rato estaba preparando la tarima, y ahora supongo que corta la madera para los escalones. Esos martillazos que usted oye significan otra cosa.

—¿Qué significan?

—Un empleado de la funeraria de Isaías está terminando de clavetear dos ataúdes.

Jess, a pesar de haberse bebido un cuarto de botella de *whisky*, sintió en la garganta como una cosa fría.

—Van deprisa —dijo.

—Es que ya faltan sólo cuatro horas y media. Por cierto, ¿no va usted a descansar ni una hora, Evans?

—Ya ve lo que me ocurrió cuando intenté ir a mi habitación del hotel para descansar. Mejor será que no lo intente de nuevo.

El *sheriff* rió.

—Se está usted divirtiendo muy poco en Abilene, señor Evans. Me temo que se lleve un mal recuerdo de nuestra ciudad.

—Yo siempre me llevo un mal recuerdo de todos los sitios a causa de mi oficio. Pero Abilene es una ciudad especial, *sheriff*. Tienen ustedes de todo. Hasta un fantasma.

—¿A qué se refiere? No le entiendo.

—Un tipo siniestro que viste de negro y que lleva la cara y las manos cubiertas de vendajes blancos, con sólo dos agujeros pequeños para los ojos Lo he visto a través de la ventana de aquella casa, después de matar a Coburn, y le aseguro que era como una pesadilla.

—Tiene que referirse a Dockson, el leproso —gruñe el *sheriff*—. Lleva las manos y el rostro cubiertos de vendajes porque de lo contrario la gente echaría a correr al verlo. Es un verdadero monstruo. Pero si vuelven a decirme que ha estado en Abilene, iré a su choza y le descerrajaré sin piedad dos tiros en el centro de la cabeza.

—Quizá le haga con eso un favor, si su enfermedad está tan avanzada como dice.

—No tiene remedio ya, aunque, claro, eso sólo no es motivo para que yo piense matarle. No obstante, le he prohibido que venga a la ciudad bajo pena de muerte. Y cumpliré mi palabra si vuelve a aparecer por aquí.

—No se preocupe. Ha huido enseguida al ver que me fijaba en él.

—Es natural, puesto que tiene más miedo que nosotros. Pero no deja de parecer extraño que se haya acercado a la ciudad. Nunca lo había hecho.

A Jess le molestaba aquel tema de conversación. Lo había iniciado en realidad para no tener que hablar de los ataúdes, pero ahora no sabía cómo terminarlo.

La entrada de alguien en la oficina vino en su ayuda. Era Derky.

—¿Quiere ver el tablado, señor Evans? —preguntó—. Está todo listo.

—No, gracias. Imagino que habrá quedado bien.

—Perfectamente. La ejecución no tendrá que retrasarse ni un solo minuto.

—Parecen ustedes muy impacientes por ver terminar todo esto —comentó Jess.

—Es natural. No nos gusta que haya asesinos vivos en Abilene, pero, además, este caso ha despertado la curiosidad de todos. Queremos ver cómo se porta la muchacha. Es preciso saber si tiene agallas la que las tuvo para matar a Wolsey.

—Creo que las tendrá —dijo Jess. Luego, miró al *sheriff*—. Pero con la muerte de esos dos hermanos no resuelven completamente el caso.

—¿Qué quiere decir?

—¿Han explicado dónde está el dinero?

—No. Puesto que aseguran ser inocentes, si confesaran una cosa

así se les iría todo al diablo.

—Ya se les ha ido todo al diablo, amigo No creo que normalmente les importe decir dónde tienen guardado el oro, a menos que hasta el último segundo confíen en poder huir.

—Por eso mantengo una vigilancia tan estrecha, señor Evans y por eso fui criticado cuando retrasé un poco la ejecución para hacerle venir a usted. Algunos, como el mismo Derky, por ejemplo, dijeron que eso era complicar las cosas.

Derky se disculpó.

—Espero, señor Evans, que esto no le sepa mal. En realidad, toda la población está deseando ver terminado este asunto. Y yo, no sé, por qué, tengo la corazonada de que esos dos aún van a intentar alguna cosa.

—Puede.

Jess estaba pensativo y taciturno, sin ganas de hablar. Derky y el *sheriff* interpretaron aquello como una muestra de cansancio.

—Si no quiere volver al hotel, puedo cederle mi camastro —dijo el de la estrella—. Está en la habitación contigua.

—Gracias. Verdaderamente, no me vendrá mal echar una cabezada. Acepto.

El *sheriff* señaló una puerta lateral. Jess fue hacia allí, abriéndola, y descubrió una pequeña habitación con un ventanuco enrejado, un armario y un catre adosado a la pared.

Cerró la puerta y se tumbó en el catre.

Después de cerrar los ojos, perdió la noción del tiempo. Un cansancio agobiador, aplastante, se apodere de él. No había dormido desde que huyó de la cárcel de Big Springs, y esta noche estaba resultando pródiga en emociones y en violencias. De modo que, al bajar los párpados, pareció como si sobre él cayera una losa de plomo.

Le despertó una brusca sensación de alarma interior. Se dio cuenta de que si se dejaba vencer por el sueño dormiría hasta la hora de la ejecución. ¡Y entonces no tendría más remedio que ahorcar a aquella pobre muchacha o empuñar su revólver y parapetarse iras una esquina hasta que lo reventaran con plomo!

Se incorporó.

Verdaderamente, no sabía cómo iba a resolver aquello.

Al recobrar el pleno uso de sus sentidos, lo primero que le

sorprendió fue el gran silencio que reinaba a su alrededor.

No se oía el menor rumor en la contigua oficina del *sheriff*, como si ésta se hallase vacía.

Jess se puso en pie y escrutó a través del ventanuco enrejado. Pudo ver desde allí el patio que había detrás de la cárcel, y en el cual estaban elevando el patíbulo. Dos hombres dirigidos por Derky tomaban medidas para situar la horca. El *sheriff*, con los brazos en jarras y expresión aburrida, contemplaba todo aquello.

Abandonando la pequeña habitación, Jess salió a la oficina, tomó las llaves que colgaban de un clavo junto a la puerta y entró silenciosamente en el departamento de las celdas.

Si le hubiesen preguntado, por qué hacía aquello, quizá no habría sabido responder.

Era como una imperiosa necesidad.

Vio a George paseando de un lado a otro, con las manos a la espalda. Irma leía su Biblia silenciosamente, sentada en el mismo punto del camastro. Era exactamente igual que cuando los vio por primera vez. Parecía como si el tiempo no hubiere, pasado.

El primero en volverse hacia él fue George.

—¿Qué busca aquí? ¿Es que ya viene a deleitarse por anticipado con sus presas?

—Quiero saber si puedo ayudarles en alguna cosa.

—Ya nos lo ha preguntado antes. Se está riendo de nosotros. ¡Y el que tenga ese repugnante oficio de verdugo no le autoriza a ser cruel hasta ese extremo!

—Déjale, George.

Era la voz de Irma.

La voz dulce y resignada de una muchacha que ya estaba más allá de la vida y de la muerte. Sólo al oír aquella voz, Jess se dio cuenta, con horror, de que Irma deseaba ser colgada, de que deseaba terminar de una vez. Era como si hubiese muerto horas antes.

¡Y, sin embargo, la veía tan viva, tan deliciosamente Hermosa y viva!

—¿Mataron ustedes a Wolsey? —preguntó Jess, de repente.

George gruñó:

—¿Y a usted qué le importa?

—Estamos condenados legalmente —dijo Irma—. Y nada se

puede hacer ya. De todos modos, gracias por su interés. Quiero creer que es sincero y que no se está burlando de nosotros.

—Jamás me he burlado de nadie, y menos de un condenado a muerte. ¿Hay algo que no pudieron decir ante el jurado? ¿Alguna cosa que recordaron después? ¿No hay nada que les permita intentar su salvación?

—Nacía —dijo George encogiéndose de hombros—. Estuvimos bien defendidos y se nos permitió decir cuánto, quisimos en descargo nuestro. El juez Gable es buena persona y los del jurado estaban deseando creer en nuestra inocencia. Pero las dos pruebas contra nosotros eran demasiado importantes. Wolsey había muerto de un balazo disparado por un viejo revólver mío, y nosotros parecíamos haber cambiado de fortuna en unas pocas horas. No había realmente quien nos salvara. El jurado nos condenó.

—Es cierto que ustedes empezaron a gastar dinero —dijo Jess—. ¿De dónde les vino?

—Nos lo prestó un vaquero desconocido. Y, además, no crea que fue ninguna gran cantidad. Dos mil dólares.

—¿No comprenden que esa historia suena a falso?

George se encogió de hombros otra vez.

—Lo sé. Esa historia tiene muchas cosas malas, y la más mala de todas es que es cierta. Vino un tipo que tenía un labio de liebre, uno de esos labios partidos y que son cómicos o repugnantes, según como se los mire. Dijo que sabía que estábamos en un apuro y se ofreció a prestarnos dos mil dólares con un interés muy módico. Como es natural, aceptamos, y luego ese tipo desapareció. Dijo que ya vendría a cobrar el primer niazo transcurridos tres meses.

—¿No firmaron ningún documento?

—Un recibo que, como es lógico, se quedó él. Y, además, Evans, todo esto lo hemos repetido cien veces ante el jurado sin que nadie nos hiciera maldito caso. Reconozco que, si el acusado fuese otro, yo tampoco le creería. No me haga pensar que usted, el verdugo, va a querer ayudarnos cuando ya todo el mundo nos ha vuelto la espalda. Usted es nuestro único enemigo.

—Yo no soy su enemigo —dijo, suavemente, Jess.

Se oyó entonces la dulce voz de Irma, desde la celda contigua:

—El señor Evans no es nuestro enemigo, George. ¿Por qué había de serlo? Él, cobra para efectuar este trabajo, como otros, por

ejemplo, cobran por degollar animales en los mataderos. ¡Hay tantos oficios desagradables en el mundo! Pero el señor Evans garantiza que no sufriremos Deberíamos estarle agradecidos por eso.

Jess la miró, otra vez. ¡Aquellos labios rojos que habían sido hechos para besar, no para lanzar suspiros de agonía en la horca! ¡Aquellos ojos que despedían un reflejo azul, inocente, puro!

Claro que también lanzaban un reflejo azul los ojos de Ellen, y, sin embargo…

Pero Jess quería creer que esta mujer era distinta.

—No se ocupe más de nosotros, señor Evans —dije Irma, con un soplo de voz—. Bastará con que no nos haga sufrir.

Y añadió:

—De todos modos…, gracias. En cierto sentido será consolador encontrarle a usted cuando llegue nuestro último minuto.

Jess supo entonces que su remisión, sin salvación posible aquellos seres serían ahorcados dentro de pocas horas. Que habían perdido ya hasta su última esperanza.

Una voz dijo entonces detrás de él:

—¡Vaya, Evans! No creí que fuera usted una persona tan compasiva. Ha logrado consolarlos, ¿eh?

Jess se volvió.

El *sheriff* estaba en la puerta, con un revólver en la mano, revólver que ahora se disponía a guardar en su funda.

—He tenido un buen susto —aclaró—, al volver del patio y ver esa puerta abierta. ¿Ya no tiene sueño, Evans?

—Creo que será mejor no dormir.

—Sí. Ya sólo faltan tres horas y media.

El falso Evans salió en seguimiento del *sheriff*, quien cerró después la puerta colgando las llaves otra vez.

—Tres horas y media —repitió—. Ya quisiera que esto hubiese terminado de una maldita vez.

—Yo también —dijo Derky, desde la puerta.

Los dos se volvieron. Derky, el gigante, casi cubría ida la entrada que daba al patio. En su mano derecha lacia balancear una soga.

—¿Va bien ésta, señor Evans?

Jess la examinó para disimular, aunque entendía tanto de ahorcar hombres come de componer poesías.

—Sirve —dijo—, pero convendría que la engrasen un poco.

—Lo haré enseguida.

—No quiere usted que falte un solo detalle, ¿eh, Derky?

—Me sabría mal que esto se retrasara, después de tanto esperar.

—No se retrasará —dijo el *sheriff* consultando su reloj de nuevo —. Si no fuese porque el juez se enfadaría, podríamos ahorcarlos ahora mismo.

—¿Qué tal es el juez Gable?

—Buena persona.

—¿Dónde vive?

—Al lado del Kitty's. Una casa pintada de color crema. ¿Para qué necesita verle?

—Le preguntaré si va a asistir a la ejecución.

—Asistirá, no se preocupe. Es su deber.

—De todos modos, me gustaría preguntárselo.

Salió a la calle.

Como antes, el Kitty's era el único local abierto, y algunos hombres fumaban y bebían indolentemente, apodos en la puerta. Jess advirtió que la animación era un poco mayor ahora, seguramente porque algunos ya estarían allí haciendo tiempo para la hora de la ejecución.

Cuando ya iba a despegarse de la acera de tablas una zarpa cayó sobre su hombro izquierdo, obligándote a volverse.

Jess no necesitó mirar para saber quién era el que le había detenido. Aquella zarpa sólo podía pertenecía Derky.

Los labios del gigante temblaban. Jess, en cambio, estaba perfectamente tranquilo.

—¿Qué quiere, Derky?

—No irá a pedir al juez un aplazamiento, ¿eh?

—¿Y qué, si lo hiciese?

—No se lo aconsejo. Podría tener un disgusto.

—¿Qué le importa a usted si la ejecución se deja para otro día?

—Claro que me importa. En Abilene ya estamos hartos de aguantar a esos dos asesinos.

A Jess se le ocurrió entonces decir una mentira.

—Pues tiene razón, Derky. Precisamente iba a pedir un

aplazamiento porque esos dos me dan pena. Y me han dicho que el juez Gable es una excelente persona…

No había terminado de decir estas palabras cuando Derky, que le sujetaba con la zarpa izquierda, prepare su zarpa derecha.

Jess, a pesar de cubrirse, no pudo evitar el impacto de aquel puño gigantesco. Su cabeza pareció saltar de costado, mientras de su boca partía un chorro de sangre, y todo su cuerpo vaciló como si fuera a desplomarse.

Pero Derky le sujetaba aún.

Volvió a preparar su puño derecho y lo descargó con la fuerza de una catapulta contra el rostro de quien él creía el verdugo Evans.

Pero el falso Evans ya no se dejó cazar esta vez. Movió sus dos puños y desvió hacia arriba el de Derky, haciendo que el golpe se perdiera en el vacío.

Luego comenzó de verdad aquella lucha de colosos Porque si Derky era gigantesco, Jess también lo era. Se liberó del puño que tenía agarrotado sobre el hombro, aunque para ello tuvo que perder parte de la camisa. Dio un salto hacia atrás, y el puño de Derky, que ya salía disparado, no logró alcanzarle tampoco.

Enseguida Jess pasó al contraataque.

No dejó que su enemigo se rehiciera después de aquellos dos golpes fallidos. Preparando los puños en fracciones de segundo, Jess lanzó un gancho a la mandíbula de Derky y lo hizo vacilar. Inmediatamente le descargó un mazazo en la ceja izquierda, que saltó por los aires limpiamente partida mientras Derky lanzaba un grito de dolor. Con los dos puños enlazados dibujó entonces una especie de molinete y los descargó con todas sus fuerzas contra la nuca de Derky, que en este momento giraba sobre sí mismo.

Derky acusó el impacto con un alarido y cayó hecho un ovillo, dando la sensación de que quedaría inconsciente.

Pero no fue así.

Sólo al tocar el suelo, se levantó ya. Sus manos fueron derechas a las fundas de los revólveres.

Jess se los hizo saltar por los aires con dos puntapiés consecutivos y sabiamente dirigidos a las fundas.

Derky lanzó un grito:

—¡De todos modos te mat…!

Un nuevo puntapié de Jess, éste a la barbilla, le hizo caer hacia

atrás con los brazos en cruz como si sobre él acabara de desplomarse una casa entera.

Pero esto duró apenas unos segundos.

Derky aún encontró fuerzas para levantarse otra vez.

Con la cabeza baja, igual que un toro enfurecido, se lanzó sobre Jess. Éste, que se había confiado unos instantes al creer vencido a su enemigo, recibió el impacto en pleno estómago y cayó hacia atrás. Su enemigo se montó encima de él, ciego de furor, y en cinco segundos descargó cinco veces los puños sobre su rostro.

Los golpes fueron dolorosos, pero no precisos.

Jess tensó los músculos, haciendo puente con su cuerpo, y obligó a saltar a Derky por encima de su cabeza.

Mientras Derky rodaba sobre el polvo, Jess dio media vuelta sobre sí mismo y se puso en pie.

Derky, tambaleándose, se lanzó a la carga otra vez.

Pero para Jess ya era una presa fácil.

Le descargó un gancho con la izquierda, un erizado con la derecha, un directo al mentón, otro a la ceja que le quedaba intacta y por fin, otro mazazo en la nuca. Derky aullaba de dolor a cada nuevo golpe, mientras sus piernas se doblaban. Al recibir el último golpe en la nuca, se arrugó por completo. Lanzó una especie de silbido, como un fuelle que se desinfla, y cayó pesadamente al suelo.

Jess se lo cargó sobre los hombros.

El *sheriff*, que desde la puerta de su oficina había contemplado en silencio la pelea, preguntó entonces:

—¿Qué va a, hacer con él?

—Por el momento remojarlo.

Se aproximó a un cercano abrevadero de caballos y dejó caer a Derky al agua. Derky lanzó un grito, chapoteó unos segundos y terminó por recobrar el conocimiento.

Jess, a su lado, se estaba lavando las contusiones del rostro.

—No sabía que pegara usted tan bien —gruñó el *sheriff*, aproximándose—. Hasta ahora nadie había vencido a Derky.

—Siento haber sido el primero.

Derky salía entonces penosamente del abrevadero, despidiendo agua por boca y nariz y por todas sus ropas.

—Esto no quedará así, Evans —gruñó—. No soy hombre a quien

le guste dejar las cosas pendientes demasiado tiempo.

—Esto no está pendiente; está terminado.

—No de la forma que a mí me gusta. Le mataré.

—Acepto su desafío. He tenido ya tantos duelos que no me importa uno más. Pero antes hablaré con el juez Gable.

—Aproveche la visita para hacer su testamento.

Jess no respondió. Se secó la cara con el pañuelo que tenía ceñido al cuello y se dispuso a alejarse.

—No veo manera de evitar ese duelo —dijo el *sheriff* en voz baja, acercándose—. Me disgustaría que Derky lo matase, Evans, porque lo necesitamos a usted. ¿Quiere que lo encierre? Ése sería el sistema de que él no pudiera desafiarle por el momento.

—Déjelo, no importa.

—Si lo desea puede imponer las condiciones para el desafío.

—Es posible que eso me interese más adelante.

Se despegó del *sheriff* y se dirigió a la casa del juez Gable, que se distinguía a poca distancia.

El de la placa advirtió ahora en voz alta:

—¡No se entretenga demasiado con el juez, Evans! ¡Recuerde que la ejecución se está aproximando por momentos!

CAPÍTULO VIII

El juez Gable era un tipo bajito, ventrudo, con la nariz colorada y con aspecto de haber sido borrachín y pistolero antes que administrador de la ley.

Estaba ante una botella de ginebra cuando Jess lo encontró. La botella ya estaba casi vacía. Pero junto a ella había dos más que parecían esperar turno.

El juez no se había desvestido aún, y daba la sensación de querer pasar en vela el resto de la noche.

—Usted es el verdugo —espetó al ver a Jess.

Luego eructó y se atizó entre pecho y espalda dos descomunales tragos de ginebra, lanzando a continuación un chorro de licor sobre los apolillados libros de leyes que tenía encima de la mesa.

—Parece que les tiene usted poco respeto —dijo Jess.

—No los he leído nunca.

—¿Y cómo le eligieron juez de Abilene?

—Porque yo, a pesar de ser el tipo más borrachín de la ciudad, era el que menos veces me enfadaba, y los vecinos me tenían aprecio. El juez anterior, de todos modos, me enviaba a la cárcel por lo menos dos o tres veces por semana. Se puede decir que yo me pasaba la vida en los saloons y en el juzgado. Y cuando mi antecesor ¡hip! —Se atizó otro trago de ginebra—, falleció santamente después de una pelea con su mujer, me nombraron a mí, para sustituirle. ¡Al fin y al cabo era el que se había pasado más horas en el juzgado de entre todos los habitantes de Abilene!

Rompió contra la mesa el gollete de otra de las botellas de ginebra y se la tendió a Jess. Éste se bebió a chorros él contenido de un vaso antes de volverla a dejar sobre la mesa.

—¿Para qué ha venido? —preguntó el juez—. ¿Quiere

asegurarse de que iré a la ejecución? Iré, no se preocupe, porque es mi deber. Pero malditas las ganas que tengo de ver ahorcar a esa muchacha.

—Usted hubiera preferido no condenarlos, ¿verdad?

—¡Claro que lo hubiera preferido!

—¿No pudo hacer nada para evitarles la horca?

—Una vez, en este país, tiene que estar sujeto a lo que el jurado diga, y la opinión del jurado fue rotunda: ¡culpables! Imagine usted: habían demostrado tener dinero fresco, y la bala que se encontró en el cadáver de Wolsey había sido disparada por un viejo revólver de George.

—¿Quién examinó la bala?

—Un técnico de absoluta confianza.

—¿Repitieron algún otro disparo con el mismo revólver para ver si las estrías de la segunda bala eran exactamente iguales que las de la primera?

—No pudo hacerse porque no había más proyectiles del mismo calibre. Ya le he dicho que ese revólver era casi una pieza de museo.

—¿Y por qué emplearía George un revólver tan viejo?

—Oiga, amigo: ¿qué es lo que quiere usted? ¿Ahorcar a esos dos o dejarlos en libertad?

—Si los ahorco quiero estar seguro de que son culpables.

—Lo son, desgraciadamente. George debió de emplear ese viejo revólver pensando que nadie sabría encontrarlo y que despertaría menos sospechas.

—Pues se equivocó.

—¡Vaya si se equivocó!

—¿Y ella? ¿Sabía ella lo que su hermano había hecho?

—Puesto, que vivían juntos y juntos gastaron el dinero, tenían que ser cómplices, los dos.

—Ya veo que los hechos son irrebatibles por su misma simplicidad. ¿No habrá nada que salve a Irma y a su hermano, juez?

—¡Y usted lo pregunta! ¡Usted, que tiene que ahorcarlos dentro de…!

Consultó su viejo reloj de oro.

—… ¡dentro de tres horas!

Jess bebió dos tragos más de ginebra. No sabía qué era esta

noche, si un hombre o un barril, pero lo cierto es que se sentía formidablemente sereno.

—¿Quién tiene el revólver de George, juez?

—¿Aquel viejo cacharro?

—Sí.

—Lo tengo yo. Todas las piezas de convicción han quedado en poder del Juzgado, por el momento. Como el proceso duró una sola mañana y fue tan rápido, no se decidió nada sobre el destino que se les había de dar. Supongo que ese revólver terminará yendo a parar a cualquier museo.

—Quisiera verlo.

—¿Para qué?

—Entiendo mucho de armas.

Era verdad. Jess era uno de los mejores expertos que podía haber en Texas. En cierto modo su primer juego había sido chupar el cañón de un revólver.

—Yo también entiendo —dijo el juez—, y mientras duró el proceso tuve ese revólver en la mano continuamente. Puedo asegurarle que su mecanismo de percusión funciona aún a las mil maravillas. Si encontrásemos una bala de su calibre, el revólver mataría.

—No pongo en duda su creencia. Pero, por simple curiosidad, ¿me deja que vea esa arma?

El juez se puso en pie trabajosamente y fue a la habitación contigua llevando amorosamente entre los brazos una botella de ginebra, como si fuese un niño.

Regresó un par de minutos después trayendo en la derecha un viejísimo revólver.

Jess lo clasificó a la primera ojeada.

Era un «Derringer» de los de rueda, con dos cañones y una culata que parecía ir a resbalar de entre los dedos. Un modelo que ya no se usaba hacía muchos años en las ciudades del Oeste, porque desafiarse con él hubiera significado meterse de cabeza en la tumba.

—¿Y la bala que encontraron en el cadáver de Wolsey?

El juez la extrajo de uno de los bolsillos de su chaleco.

—Es ésta.

—Ahora no podrá cargarse de nuevo en el revólver —dijo Jess —, pero si la pulo y la afilo creo que lo conseguiré. En cuanto al

cartucho, puede servir uno de «Colt». ¿Me permite que retoque la bala?

—¿Por qué no? Ahora ya ha dejado de constituir un elemento de prueba. Irma y su hermano ya están condenados a muerte.

Jess desmontó el revólver, cosa que por lo visto no se había hecho en mucho tiempo, miró los cañones al trasluz y luego depositó las piezas sobre la mesa.

Su rostro había cambiado.

Luego, con una lima que le prestó el propio juez, pulió algunos puntos de la bala encajándola a continuación en un cartucho de su «Colt», y la introdujo en la recámara.

El juez le miraba hacer en silencio, sin comprender.

Al fin preguntó:

—Ya tiene el arma cargada. ¿Qué diablos va a hacer ahora?

—Muy sencillo —respondió calmosamente Jess—. Esta arma ya está lista para disparar. Voy a hacer que un hombre me mate con ella.

CAPÍTULO IX

El *sheriff*, Derky y diez o doce hombres más estaban ante la puerta de la oficina del representante de la ley.

Todos parecían aguardar a que apareciese Jess —que creían era Evans—, para ver el desafío que tendría lugar entre los dos hombres.

Jess se acercó, seguido del juez.

Todos los espectadores tenían los ojos clavados en él.

Mientras se acercaban a la oficina del *sheriff*, cruzando bajo la noche la amplia explanada desierta de la calle, Jess vio dos cosas, aparte el grupo de hombres que le aguardaban.

La primera fue la figura de Dalia, que se acercaba moviendo tentadoramente las caderas, igual que una bailarina profesional.

La segunda cosa que vio, medio oculta tras una esquina, fue la figura fantasmal del leproso Dockson. Aquella siniestra figura vestida de negro y con las manos y la cabeza vendadas de blanco. Parecía esperar allí los sucesos como una trágica aparición.

Al darse cuenta de que podía ser observado, el leproso Dockson desapareció enseguida.

Dio la sensación, como antes, de que se lo había tragado la noche.

Jess no pudo evitar un estremecimiento. Luego se encogió de hombros y trató de pensar únicamente en lo que iba a ocurrir. En su desafío a muerte con Derky…

Dalia y él llegaron al grupo casi al mismo tiempo.

—¿Está decidido? —preguntó el *sheriff*—. ¿Por qué no lo piensa mejor, Evans? Parece como si Derky y usted se hubieran vuelto locos…

Jess no contestó al *sheriff*.

—Será mejor que dejemos hablar primero a esta dama —se limitó a decir—. Supongo que no ha venido aquí solo para ver nuestro desafío.

—Por supuesto que no —dijo Dalia—. Y además ignoraba que fueran a desafiarse. ¿Por qué lo hacen?

—Nos hemos peleado por una mano de póquer.

—Será mejor que se aleje cuanto antes, señora —terció el *sheriff* —. No me gusta nada el aspecto que están tomando las cosas. ¿A qué ha venido aquí?

—Pensaba decirle que me marcho dentro de muy poco, *sheriff*, inmediatamente después de la ejecución. No pienso seguir por más tiempo en una ciudad donde asesinaron e mi marido.

—Ya me dijo usted eso antes, y me parece muy razonable. ¿Es ése el único motivo de que haya venido aquí?

—No. También quiero recordarle que me dio licencia para llevarme el ataúd donde descansan los restos de John Wolsey.

—En efecto, se la di.

—Me llevaré ese ataúd a las siete de la mañana.

—¿Ya tiene quien le ayude? ¿Se ha puesto de acuerdo con Isaías, el sepulturero?

—He preferido alquilar a cuatro hombres de la localidad. Ellos me ayudarán en lo que haga falta, y saldrán conmigo llevándose el ataúd en un carruaje especial que he alquilado también.

—Veo que ha organizado las cosas a la perfección. Le deseo mucha suerte, señora, y si necesita cualquier clase de ayuda no vacile en pedírmela. Siento que tenga usted que abandonar nuestra ciudad de una manera tan triste.

—Estaré más alegre cuando John Wolsey haya sido vengado —dijo ella secamente.

Y dio media vuelta, sin prestar más atención a nadie. Ni tan siquiera dirigió una mirada a los dos hombres que iban a desafiarse.

Todos la vieron alejarse, y algunos ojos se pusieron vidriosos al contemplar el balanceo de sus caderas.

¿Era posible que aquella mujer no hubiese trabajado nunca en un saloon? ¿Por qué se movía de aquella manera tan seductora, como una auténtica bailarina profesional?

Todos dejaron de pensar en eso cuando el *sheriff* dijo:

—Reflexionen sobre lo del desafío, muchachos.

—He prometido que lo mataría —gruñó Derky.

—Recuerda —advirtió el *sheriff*—, que Evans tiene derecho a elegir la forma de batirse.

—Tiene que ser un duelo a revólver, como es normal en el Oeste —dijo Derky—. Y no me da miedo ninguna clase de arma.

—¿Ni siquiera la ruleta rusa?

Jess había hablado con la mayor naturalidad del mundo. Derky empezó a palidecer.

—¿La… ruleta rusa?

—Demasiado sabes en qué consiste. Se carga una sola bala en cada revólver, se hace girar el cilindro de modo que ya no se sepa dónde ha quedado el proyectil, y se dispara por turno. Si da la casualidad de que la bala estaba en la recámara correspondiente al percutor, uno liquida a su enemigo y salva el pellejo. Si la bala no estaba allí… el revólver sólo produce un «clic» y entonces le corresponde disparar al enemigo, que puede tener más suerte o no tenerle… El juego se repite varias veces, hasta que uno de los dos queda muerto con una bala entre las cejas. Vamos, Derky. ¿Tendré que darte más explicaciones sobre la ruleta rusa?

—No me gusta esa clase de desafío —dijo, mirando como obsesionado el viejo «Derringer».

—Pero yo voy a darte ventaja, Derky.

—¿Qué clase de ventaja?

Jess mostró el mecanismo del «Derringer» y la bala con su cartucho que ya estaba introducida y lista para ser disparada.

—¿Ves? No puedes equivocarte. Aquí no interviene el azar de ninguna manera y si no te pones demasiado nervioso, me matarás. Bastará con que apuntes a mi cabeza y aprietes el gatillo.

—¿Y si fallo?

—Si fallas, más valdrá que te pongas a rezar, amigo. Entonces sacaré uno cualquiera de mis «Colt» y te mataré yo.

—Puede…, puede que el revólver no se dispare.

Unas gotitas de sudor frío habían empezado a aparecer en las sienes de Derky.

—¿Cómo no va a dispararse? —rió Jess—. Es la misma arma con la que fue asesinado John Wolsey. Un arma digna de todo respeto, puedes creerme. El calibre de su proyectil es incluso superior al de un «Colt» 38.

—No me gusta tener en las manos el arma con que mataron a Wolsey.

—Él tiene derecho a elegir las condiciones del desafío —intervino el *sheriff*—. Y me parece, Derky, que son muy favorables para ti. Al fin y al cabo, tú eres el que dispara la primera bala.

—Pero…

—Pero ¿qué?

—¿Y si ese revólver se encasquilla? Un «Derriger» de hace varios años no me merece la menor confianza.

—Con él fue muerto un hombre hace una semana, Derky. No debes olvidarlo. Y debe tirar con bastante rapidez cuando John Wolsey ni siquiera tuvo tiempo de volverse.

Jess sujetó el «Derringer» por el cañón y se lo ofreció a Derky, poniéndoselo materialmente en las manos.

—Vamos, ¿por qué no disparas? Tú tienes la preferencia. Nunca en la vida se te presentará un duelo más fácil…

—Prefiero un desafío normal a revólver.

—No lo entiendo —terció el *sheriff*—. La verdad es que este duelo roza incluso lo ilegal, porque Evans lo arriesga todo, y tú, sin embargo, te resistes a aceptar. ¿Por qué? ¿Qué clase de miedo estúpido es el tuyo?

—Si no se dispara, yo…

Las sienes de Derky rezumaban sudor.

—Sitúate a diez pasos de mí —dijo Jess—. ¡Sitúate a diez pasos de mí o te mato como a un perro!

Derky supo reconocer en aquella voz fría y metálica la auténtica voz del pistolero profesional. Poco a poco, como obsesionado empezó a retroceder. Se situó a diez pasos.

Acertar en mitad de la frente a un hombre a esa distancia, era un juego de niños.

Pero, sin embargo, el «Derringer» temblaba entre sus dedos.

—¡Apunta! —gritó Jess—. ¡Apunta y dispara, si es que te han enseñado a hacerlo!

Parecía que el que iba a disparar fuese él y no Derky, a juzgar por la angustia con que sudaba este último. Jess, en cambio, estaba perfectamente tranquilo, aunque sabía que sólo un débil hilo le separaba de la muerte.

Derky levantó el revólver.

Su mano temblaba, pero logró dominarse y apuntó cuidadosamente.

Jess ni siquiera pestañeaba.

Un silencio absoluto, mortal, se había hecho en la calle.

—No disparará… —tembló Derky.

—El mecanismo de percusión se halla en perfectas condiciones —dijo el juez—. Tiene que disparar por fuerza.

Un brillo homicida apareció de pronto en los ojos de Derky, y apretó el gatillo.

La detonación ensordeció a todos, pareciendo repetirse su eco en todos los ángulos de la calle.

Derky miró con asombro su mano derecha abrasada y luego se la apretó contra el pecho mientras lanzaba aullidos de dolor.

El revólver «Derringer» había explotado en sus dedos al apretar el gatillo.

Jess lanzó un profundo suspiro de alivio, un suspiro que pasó desapercibido a todos los espectadores.

—Menos mal… —susurró—. Me lo he jugado todo por el todo. Si ese revólver llega a dispararse bien, me mata…

—Ahora le toca disparar a usted, Evans —dijo el *sheriff*.

Jess rozó uno de sus «Colt» con la mano derecha mientras Derky caía de rodillas y gritaba:

—Nooo… ¡Noooo…!

Un terrible, un espantoso y alucinante temor a la muerte se leía en sus ojos.

Jess no llegó a sacar el revólver.

—Nunca cometo asesinatos —dijo—, y éste le sería. Tampoco me gustan los duelos, y lo único que pretendía con éste ha sido demostrar que con ese revólver no se puede hacer un solo disparo.

Todos se miraron con asombro, entre un silencio mortal. El *sheriff*, que estaba aún más pálido que Derky, se inclinó y recogió del suelo los restos abrasados del «Derringer».

—Los cañones están completamente oxidados por dentro —dijo —. Ahora se ve con claridad…

—Durante el proceso nadie se molestó en desmontar ese revólver —declaró Jess mientras el *sheriff* contemplaba los restos—. George se limitó a decir que él era inocente, y no se le ocurrió pensar que el revólver no disparaba. En realidad, él no sabía si

disparaba o no, lo había tenido toda la vida en su casa, y pensó en todo menos en pedir que lo revisaran atentamente. El juez se limitó a comprobar el mecanismo de percusión lo mismo que el técnico designado; vio que la bala tenía estrías y que el revólver las tenía también, cosa rara en un arma tan antigua. Comprobó que a la salida de la boca de fuego había un pequeño desperfecto y que la bala lo acusaba también mediante una hendidura, y ya no le cupo duda de que ésa era el arma que buscaban. Efectivamente lo era, pero con el importante detalle de que la bala encontrada en el cuerpo de John Wolsey había sido disparada muchos años antes.

La inexplicable declaración hizo que todos se miraran asombrados como si acabaran de ver un fantasma.

—Pero ¿qué dice? —gritó el juez al fin—. ¿No se da cuenta? ¡Disparada varios años antes! ¡Todo eso es absurdo!

—No lo es —dijo Jess tranquilamente—. Y Derky nos explicará, por qué.

Pero Derky no pudo explicar nada.

Porque en aquel momento una bala le partió en dos mitades la cabeza.

CAPÍTULO X

El disparo había sido hecho con rifle y desde una distancia de unos treinta pasos.

La bala, enviada con una precisión mortal, penetró por el centro exacto de la frente de Derky y le partió la cabeza en dos mitades, arrancando un alarido de estupor de todos los que presenciaban la increíble escena.

Jess se volvió rápidamente, sobreponiéndose al asombro. En sus manos brillaban los «Colt», y sus ojos de águila buscaron al asesino en la dirección donde el disparo acababa de sonar. Pero no pudo ver nada. Sólo tuvo la sensación de que una cosa blanca y negra se ocultaba tras una esquina.

¿Dockson, el leproso?

Era imposible averiguarlo.

La calle se había llenado de gritos y la confusión era espantosa. El extraño desafío de Jess y Derky había sido contemplado por mucha más gente de la que parecía a primera vista. Y ahora todos aquellos espectadores no hacían más que estorbar.

El joven corrió hacia la esquina donde acababa de ver aquella especie de fantasma, y la atravesó con los revólveres preparados, dispuesto a matar.

Pero allí no había nadie.

Era como si toda aquella zona de Abilene estuviera completamente desierta.

Respirando agitadamente, Jess volvió junto al *sheriff*.

—Lleven a Derky adentro —ordenaba éste en aquel momento—. ¡Y despejen la calle, rápido! ¡Detendré a todo aquel que dentro de cinco minutos sea encontrado en las cercanías!

Los espectadores obedecieron, intimidados por la voz enérgica

del *sheriff*. Sólo quedaron éste y dos de sus alguaciles, el juez Gable y Jess, a quien todos creían el verdugo Evans.

Entre este último y el *sheriff* entraron en la oficina el cadáver ensangrentado de Derky.

—Ha sido una bala de «Winchester» último modele —dijo Jess con sólo mirar el tamaño de la herida—. Y disparada por un buen tirador, aunque estuviera a poca distancia. Para acertar a un hombre en el centro exacto de la frente hay que tener pulso.

El *sheriff* se llevó la mano derecha a los ojos. Por primera vez, aquel hombre de roble daba muestras de cansancio.

—¿Por qué cree que lo han matado, Evans?

—Sólo porque iba a hablar.

—¿Qué es lo que sabía Derky? ¿Qué supone usted que hubiera podido contarnos?

—Todo.

—Explíquese.

—Derky fue tal vez el hombre que asesinó a John Wolsey.

—¡No diga tonterías! ¡Parece como si esta noche usted y todos pretendieran volverme loco!

—No es una tontería, *sheriff*.

—No doy un centavo por todos sus pensamientos, Evans, pero le agradeceré que hable con claridad.

—Derky tenía el máximo interés en que George y su hermana fueran ejecutados y se terminara todo este asunto. Ese interés sólo podía explicarse por el deseo de que las investigaciones se archivasen y él pudiera sentirse libre de todo peligro. Tal fue la causa de que se ofreciera voluntariamente para levantar el cadalso y de que me agrediera cuando yo le mentí diciendo que iba a solicitar del juez Gable un aplazamiento.

—¿Ésa fue la razón de la pelea?

—Sí.

—Continúe. Ha dicho antes que la bala que encontramos en el cuerpo de Wolsey fue disparada varios años atrás. ¿Cómo explica semejante absurdo?

—No es ningún absurdo. ¿No ha recuperado usted jamás una bala disparada por su propio revólver o su propio rifle?

—Sí. Varias veces.

—Pues eso es lo que ocurrió con el viejo «Derringer» de George.

La bala había sido disparada por ese revólver muchos años atrás y recuperada luego. Se conservaba junto con el arma por simple curiosidad.

—¿Y qué?

—Derky o sus cómplices la robaron. Horas antes ya habían asesinado a Wolsey, que estaba siendo devorado por las alimañas en cualquier escondite cercano a la ciudad. Luego, en los restos que aún quedaban, dejaron empotrada la bala por simple presión de los dedos. Fue una cuestión de serenidad y le estómago; nada más. Lo que ustedes encontraron fue prácticamente un esqueleto con esa bala entre los huesos. Les pareció un indicio suficiente.

—Hubiera parecido un indicio suficiente a cualquier persona —interrumpió el juez—. Y le agradeceré no olvide una cosa: George y su hermana han sido hallados culpables y condenados por un jurado reunido conforme a la ley. Mientras no se demuestre lo contrario, debemos creer que las cosas sucedieron tal y como el jurado las interpretó.

—Al menos tienen que meditar sobre lo que les digo —pidió Jess —. Que Derky sabía algo importante está fuera de toda duda. Su asesinato lo prueba.

—Pueden haberle matado por otra cosa.

—Pero ¿es que no comprenden que van a ahorcar a un hombre y una mujer inocentes?

—Los ahorcará usted, no nosotros. Pero continúe, señor Evans. Usted dice que Derky y unos cómplices ignorados mataron a Wolsey y mego dejaron esa bala junto al esqueleto. ¿Dónde está el proyectil que de verdad le cause la muerte?

—Pudieron retirarlo al colocar el otro. Todo el mundo está de acuerdo en decir que dada la forma como quedó el cadáver es imposible saber dónde recibió la herida.

—Bien. Pudieron retirar la bala. ¿Y el dinero? ¿Dónde diablos están unos sacos de oro que pesan como un muerto?

—Pueden haberlos sacado de la ciudad.

—¡Hum! Me parece imposible que lo consiguieran. Precisamente, porque todos estábamos tras el dinero, han sido registrados hasta los más modestos carros que han salido de Abilene. Mil o dos mil dólares pueden haber escapado a nuestro control. Pero nada más.

—El resto estará escondido en alguna parte.

—¿Dónde?

—¡Qué sé yo!

—Amigo —dijo el juez—, cuatrocientos mil dólares en oro no se esconden debajo de una cama. Si alguien los tuviera ocultos en Abilene habríamos encontrado ya algún indicio, pero los resultados han sido completamente negativos. Los únicos que pueden haberlo ocultado son precisamente esos dos condenados a muerte, cuyo único carromato era de doble fondo.

—No son ellos —dijo Jess.

—¿Por qué se empeña en defenderlos?

—Porque he cometido muchas equivocaciones en mi vida, y quiero repararlas ayudando a salvarse a dos seres que no merecen morir.

—Si viviera usted en España le llamarían Don Quijote, creo yo.

—Vivo en el Oeste. Llámenme como les de la gana.

El juez volvió a hablar con aquellas palabras reposadas y sensatas que parecían ser su característica.

—Hay algunas otras cosas que usted no puede explicamos, señor Evans, aparte la del dinero.

—¿Cuáles son?

—Lo primero que debería usted decirnos es quiénes son esos cómplices de Derky que él necesitó y que no aparecen por ninguna parte.

—Uno de ellos es el que le ha asesinado. Otro, el que pagó a Coburn y un compinche suyo para que me asesinasen a mí.

—¿Y por qué habían de asesinarle a usted, Evans?

—Porque estaba haciendo demasiadas preguntas, y lo que interesaba a esa gente era que nadie removiese la cuestión. Querían que Irma y su hermano fuesen ejecutados puntualmente a las seis de la mañana, para que todo quedase olvidado después. Si yo no podía hacerlo porque estaba muerto, ya los ejecutaría otro. Eso era lo de menos.

—Muy bien, pero ¿de quién sospecha usted?

—No lo sé —tuvo que reconocer Jess.

El juez tenía una inteligencia clara y serena. Lo demostró con la pregunta que hizo a continuación.

—Según dice, querían asesinarle a usted, Evans, porque hacía

demasiadas preguntas. ¿Puede saberse a quién hizo esas preguntas? ¿Con quién habló antes de que Coburn y su compinche intentaran matarle?

El nombre acudió con rapidez a los labios de Jess, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciarlo:

—Con…, con Dalia, la esposa del muerto.

Él mismo dijo aquello con escasa convicción.

Le costaba creer que una mujer joven como Dalia hubiera podido asesinar a su propio marido, aunque fuese por cuatrocientos mil dólares.

Y en la mirada del juez y del *sheriff* adivinó que ambos estaban pensando también lo mismo.

—No puedo creer eso —dijo Gable—. Opino que se equivoca usted, señor Evans.

—Con franqueza, a mí también me cuesta creer que una mujer joven pueda cometer con su propio marido un crimen tan repugnante.

—Por otra parte —dijo el *sheriff*—, mi obligación era desconfiar de todo el mundo, y por lo tanto desconfié también de Dalia. Su casa fue registrada al igual que otras de la vecindad. Puedo jurarle que en ella no se guarda una sola moneda de oro.

—Eso es absolutamente cierto —reafirmó el juez—, como lo es también que semejante fortuna no se encuentra dentro de los límites de Abilene.

Jess apretó los puños.

—Ninguno de nosotros conoce la verdad absoluta, juez, pero al menos sabemos que esos dos condenados a muerte pueden muy bien no ser culpables. Le pido un aplazamiento de veinticuatro horas para la ejecución.

—¿Qué es usted? ¿Un verdugo o un detective?

—Soy simplemente un hombre.

El juez entrelazó los dedos, nerviosamente, como no sabiendo qué actitud adoptar. Pero en el fondo su decisión estaba tomada.

—Lo siento —dijo—. Lo siento de verdad, pero no puedo acceder. Ya hubo un aplazamiento para que viniera usted a hacer la ejecución. No puede haber ningún otro.

—Pero…

—Los habitantes de Abilene ignoran lo que nosotros estamos

hablando aquí —continuó el juez firmemente—, y para ellos los dos condenados siguen siendo culpables. Si retrasamos la ejecución de nuevo, creerán que tenemos el propósito deliberado de no hacer justicia.

Lo que el juez decía era cierto. Jess mismo tuve que reconocerlo así, mientras hacia un ademán de impotencia.

—¿Cuánto falta para la ejecución? —preguntó.

El *sheriff* consultó su reloj.

—Hora y media.

—¡Hora y media! —exclamó Jess—. ¿Qué se puede hacer en ese tiempo para encontrar a los culpables? ¡Absolutamente nada!

—Dispongo de dos hombres —ofreció el *sheriff*—, y le aseguro que ninguno de ellos es tonto. Si quiere que hagan algún registro o interroguen a alguien, están a su disposición.

—En tal caso haga usted lo que le parezca, pero no emplee la violencia contra nadie o se arrepentirá.

Jess se encogió de hombros, encajó maquinalmente los revólveres en las fundas y salió de la oficina.

Los grupos que antes había frente a la puerta se había dispersado, pero en cambio se notaba más animación en el
Kitty's.
Y los otros saloons empezaban a abrir sus puertas, atraído el público por la inminencia de la ejecución.

Jess iba a alejarse cuando una voz le llame desde la esquina, desde las sombras impenetrables:

—Jess…

Él se volvió sobresaltado al oírse llamar por su propio nombre y no por el de Evans. Pero enseguida comprendió que sólo una persona podía conocerle verdaderamente allí: Ellen.

En efecto, era Ellen.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él con una media sonrisa—. ¿Vaciarme encima el contenido de un revólver para vengar a Coburn?

Pero al parecer ella no llevaba armas.

—No es eso, Jess.

—¿Qué quieres? Si puedo hacer algo por ti, lo haré. Me he comprometido ya tanto que no importa un poco más.

—No, Jess, no se trata de eso. Quiero ayudarte.

—¿Ayudarme a mí?

—He descubierto algo que puede ayudar a Irma y a su hermano. Es por ellos por los que hago esto.

Jess se acercó un poco más y pudo ver brillar en la oscuridad los ojos de la muchacha.

—No has perdido del todo los buenos sentimientos, Ellen. Que Dios te lo pague y que Él nos permita remediar a los dos las equivocaciones que hemos cometido. ¿En qué consiste lo que has descubierto?

—En una fotografía obtenida hará unos dos años. Incluso lleva la fecha: 1876.

—¿Sólo una fotografía? —preguntó Jess.

—Me la acaba de dar un borracho que tenía el labio superior partido De esos que se llaman «labios de liebre».

Se tensaron los músculos de Jess. ¿No había dicho George que un tipo así fue el que le prestó los dos mil dólares? ¿Se trataba quizá del mismo individuo?

—¿Dónde puedo encontrarle? —preguntó.

—Primero tienes que mirar la fotografía. Te sorprenderá.

—¿Dónde la tienes?

—En casa. No sabía si cardaría mucho en encontrarte, y he preferido no llevarla encima.

—Pues vamos a tu casa inmediatamente.

—Espera, Jess. Yo te la llevaré al hotel. Llamaremos la atención si nos ven a los dos por el centro de la ciudad. Espérame en tu habitación dentro de cinco minutos.

—¿No necesitas ayuda?

—Lo único que necesito es no llamar la atención, no demostrar que estoy en contacto contigo.

—Bien.

—Recuérdalo. Dentro de cinco minutos.

—Voy a mi habitación.

Ellen se alejó moviéndose sigilosamente entre las sombras. Jess la estuvo contemplando hasta que la vio desaparecer, para convencerse de que nadie la seguía. Luego se encaminó directamente al hotel, mirando a veces de soslayo detrás de él.

Nadie le seguía tampoco.

Pero para desorientar a cualquiera que pudiese estar

observándole, dio la vuelta completa al edificio, pasé por delante de las escaleras que llevaban al tejado —el cual servía también de almacén de combustible—, y entró rápidamente en el hotel por la puerta principal.

Las ropas de su cama ya habían sido cambiadas, y no quedaba apenas en el departamento ningún vestigio de la lucha.

Jess dio un par de vueltas por la habitación.

Ya hablan transcurrido los cinco minutos.

¿Por qué no venía Ellen?

Pensó si sería prudente asomarse a la ventana para que se diera cuenta de que ya estaba allí. Pero alguien más podía verle. Quizá fuera una imprudencia.

Transcurrieron casi cinco minutos más.

Jess ya no pudo resistir la impaciencia y se asomó a la ventana.

Y entonces ocurrió aquella cosa inaudita, terrible.

Se oyó un grito desgarrador arriba, en el tejado. Un grito de mujer. Y enseguida alguien fue lanzado hacia abajo, pero colgando de una cuerda. La mujer lanzó un estertor y quedó balanceándose trágicamente ante la propia ventana de Jess.

Éste lanzó un alarido inhumano, un alarido de bestia rabiosa que se dispone a saltar.

¡Porque la ahorcada era Ellen!

CAPÍTULO XI

La mujer tenía las manos atadas a la espalda y estaba amordazada. Sólo le habían quitado la mordaza, para que gritase, en el momento de lanzarla al vacío colgada de una cuerda.

Jess sólo la miró durante unas fracciones de segundo, mientras lanzaba aquel alarido de bestia.

Luego pensó una cosa.

¡Pensó que los asesinos todavía tenían que estar allí, sobre su cabeza!

No se detuvo a pensar en que aquello era seguramente una trampa para que él subiese al tejado, donde le acribillarían. No se detuvo a pensar más que en dos cosas: ¡en que los asesinos estaban allí y en que él tenía dos revólveres cargados con doce balas!

Salió de la habitación como un huracán. Derribó la puerta de la habitación frontera, cuya ventana daba a la parte posterior del hotel. Dentro de esa habitación, en la cama, había una muchacha que lanzó un alarido al verle. Jess ni tan siquiera la miró, porque con su cuerpo rompió los cristales de la ventana, atravesándola igual que un bólido.

Fue a caer rodando sobre las escaleras que conducían al tejado.

Alguien estaba arriba, esperándole. Jess vio una sombra de la cual brotaron dos llamaradas en rápida sucesión. Las balas picotearon en la madera, junto a su cabeza. Jess, desde el suelo, disparó a través de la funda con una rabia mortal, frenética.

Aquella sombra fue alcanzada cuatro veces en menos de dos segundos.

Lanzando un alarido, se desplomó escaleras abajo.

Jess no la dejó pasar. Sabía que arriba le estaría aguardando alguien más. Sujetó al hombre por debajo de los brazos y se lo

colocó delante a manera de parapeto.

Apenas su figura asomó por encima del nivel del tejado, dos hombres más que ya tenían sus armas dispuestas empezaron a disparar frenéticamente.

Las balas alcanzaron claramente al cadáver, en cuya carne chapotearon igual que las piedras en una charca.

Jess disparó dos veces más.

Los dos hombres, alcanzados, se tambalearon unos instantes. Pero Jess sabía que no había podido apuntar bien, y que en consecuencia los balazos no habían sido mortales. Sólo uno de los hombres cayó. El otro, disparando a ciegas, se dejó caer del tejado a la calle para no ser alcanzado por ningún, otro balazo de Jess.

El que aún continuaba arriba intentó levantar su revólver.

Jess dejó caer al muerto, hizo girar su «Colt» derecho, donde ya no quedaba ninguna bala, y lanzándose sobre su enemigo le aplastó cuatro veces la culata sobre el cráneo.

Los golpes fueron propinados con saña, con auténtico odio. La cabeza del asesino se partió como si la hubiera alcanzado una bala de rifle.

Luego Jess desenfundó su revólver izquierdo, tomó impulso y saltó del tejado a la calle, para perseguir al único enemigo que aún quedaba con vida.

Éste se hallaba a unas quince yardas y corría en zigzag, disparando hacia atrás cada seis o siete pasos.

De repente tropezó con alguien.

El *sheriff* acababa de salir de su oficina y le esperaba con un «Winchester» de repetición cargado.

Se lo disparó entero en el cuerpo, apretando el gatillo tranquilamente y no parando hasta que no quedaron balas y el cadáver fue casi irreconocible.

Jess llegó corriendo.

—Le he dejado algo para identificarlo, Evans —dijo el *sheriff* soplando en el cañón de su rifle—. Fíjese en los labios de ese cadáver. Tiene partido el superior. Un labio de liebre.

—¡El tipo que prestó as George los dos mil dólares! —gritó Jess —. ¡Ése fue el golpe maestro! ¡Hicieron que George tuviese dinero para que pudiera gastarlo justamente cuando el asesinato de Wolsey! ¡De ese modo sí que no tendría salvación! ¿Ve como no le

mintieron?

—Lo que no me explico es por qué este tipo no se ha mantenido bien lejos de la ciudad —dijo el juez entonces, apareciendo en la puerta de la oficina del *sheriff*.

—Ya ha estado ausente —contestó Jess—, pero esta noche, creyéndolo jodo ganado, ha venido a Abilene a emborracharse y a ver colgar a sus víctimas. Casualmente le ha gustado mucho una mujer, Ellen, y para hacerse el interesante le ha mostrado cierta fotografía. Ella ha venido a contármelo a mí. Este tipo se ha dado cuenta demasiado tarde de que acababa de cometer un error, y enrolando rápidamente, «para un trabajo fácil», a tres granujas de los que siempre hay en los saloons ha conseguido hacer callar a Ellen para siempre y arrebatarle la fotografía. ¡Debemos buscarla! Seguramente es él aún quien la tiene.

El *sheriff* revisó con mano experta las ropas ensangrentadas del muerto.

Y extrajo de uno de los bolsillos una fotografía gris, arrugada, y que no obstante hubiera hecho lanzar gritos de admiración a más de cuatro hombres.

Era la fotografía de una mujer, de una bailarina de saloon interpretando un
can-can.
Era una mujer con las piernas endiabladamente bonitas, pero Jess apenas se fijó en ellas. Se fijó sólo en la cara. La cara de Dalia.

El juez y el *sheriff* la estaban mirando también.

—El que hubiera trabajado en un saloon no significa que se atreviera a matar a su propio marido —dijo el juez.

—No —contestó Jess—, claro que no significaba eso.

—Entonces…

—Es que hay dos importantes detalles, juez. Primer detalle: nadie asesinó a Wolsey. Segundo detalle: Wolsey no era su marido.

Los dos representantes de la ley en la ciudad de Abilene abrieron unos ojos grandes como platos.

—Pero ¿qué dice, Evans? ¿Se ha vuelto loco?

—No me he vuelto loco. Por el contrario, ahora vea las cosas con claridad. Wolsey tiene en la que fue su casa unos retratos donde se le representa como miembro de un importante Consejo de Administración. ¿Por qué dejó eso por un empleo mucho peor

pagado? Porque en unión de Dalia, a la que había conocido poco antes, estaba preparando un golpe que le compensaría para siempre. Lo primero que hicieron, una vez aceptado el cargo de pagador del Banco ganadero, fue instalarse aquí como marido y mujer, aunque basta ver la casa para darse cuenta de que vivían como dos seres en absoluto independientes.

—Eso es cierto —reconoció el *sheriff*—. No había reparado en ese detalle hasta que se lo he oído mencionar a otra persona.

—Pero si Wolsey no era el muerto, ¿quién era? —preguntó el juez.

—Eso no lo sabremos hasta el final —contestó Jess—, pero el muerto pudo ser cualquiera. Los buitres y las alimañas se encargaron de dejarlo irreconocible, como ha ocurrido…, como ha ocurrido con los dos fugitivos de Big Springs. Luego, Wolsey no tuvo más que ocultarse, así como ocultar el oro.

—Pero ¿dónde lo escondieron? —gritó el juez—. No lo olvide…, ¡ese oro pesa como un muerto!

—Exactamente —dijo Jess—. ¡Ese oro pesa como un muerto! Y como un muerto lo tienen enterrado. Dalia en vez de sepultar los restos del asesinado, sepulto el oro. Apostaría cualquier cosa a que el ataúd lo llevaron los mismos cuatro cómplices que ahora van a desenterrarlo. Porque Dalia le ha pedido permiso para llevarse el ataúd donde reposa Wolsey… ¡y usted se lo ha concedido, *sheriff*!

CAPÍTULO XII

Cinco jinetes galopaban entre la noche, bajo la luna siniestra, en dirección al cementerio de Abilene.

Los cinco jinetes eran: el juez, el *sheriff* del condado, Jess… ¡y los dos condenados a muerte!

El juez, ante las pruebas concluyentes presentadas por Jess, había ordenado no un aplazamiento, sino la libertad de los dos presos.

Mientras galopaban, Irma acercó su caballo al de Jess.

—Señor —susurró—, nunca podremos pagarle…

—No necesitas pagarme nada —musitó Jess, mirándola al fondo de los ojos—. En realidad, nada tiene importancia ya.

—Excepto una cosa —dijo ella rápidamente—: lo que un hombre puede significar para una mujer.

Y apartó rápidamente su caballo, como si se avergonzara de estas palabras.

Ante sus ojos, de pronto, apareció la delgada línea de cipreses que marcaba el límite sur del cementerio de Abilene.

Los cinco jinetes pasaron al galope por entre ellos.

En el centro aproximadamente del cementerio ardían unas cuantas antorchas. A su siniestro resplandor, cinco sombras se movían transportando un ataúd. Pero quedaron inmóviles al oír el ruido de los caballos.

—¡Alto! —gritó el *sheriff*—. ¡Quedan detenidos en nombre de la ley!

Fue una equivocación.

Aquellas cinco sombras tuvieron tiempo para prevenirse, para actuar. Varios fogonazos brotaron junto a las antorchas. El juez, alcanzado en una cadera, cayó de su caballo.

Las antorchas fueron pisoteadas rápidamente y se hizo la oscuridad. Sólo los fogonazos la rasgaron como lengüetazos de muerte.

—Cuidado —advirtió Jess—. Hay que invitarles a rendirse. Entre ellos está una mujer…

Pero lo que se ventilaba allí para aquellos asesinos era demasiado importante. Todos intentaron parapetarse entre las tumbas, disparando como locos, mientras les envolvía un anillo de fuego.

—¡Rendíos! —gritó Jess—. ¡Rendíos! ¡Más vale la cárcel que la muerte!

Pero los asesinos seguían disparando. El *sheriff* y George, que eran excelentes tiradores, vaciaron la carga de dos revólveres cada uno. Jess voló la cabeza de uno de los que intentaban huir.

Luego se hizo un espantoso, un absurdo e impenetrable silencio.

El *sheriff* y Jess se acercaron a donde estaban las antorchas, encendiendo de nuevo una de ellas. Su resplandor iluminó cinco cadáveres caídos en las posturas más grotescas, junto a una tumba abierta.

Ya nada se podía hacer por Dalia. Estaba muerta también.

Jess mismo abrió el ataúd, después de cerrar los ojos a los muertos. Todos lanzaron una exclamación de asombro al ver que el interior estaba cargado de sacos de monedas.

—He ahí cuatrocientos mil dólares —dijo Jess—. No se puede quejar del resultado de esta noche, *sheriff*.

—Nunca lo hubiese creído —gruñó el juez, que se había acercado a pasos cortos con las manos apretadas en la cadera—. Todo está solucionado menos una cosa… ¿Quién diablos fue el muerto? ¿Y dónde cuernos está Wolsey? No es ninguno de ésos…

Parecía como si las palabras del juez fuesen una señal. En aquel mismo bastante, Irma gritó:

—¡Cuidado!

Jess tuvo el tiempo justo para darle un empujón, ladeándose, y disparar a través de la funda. Aquella cosa horriblemente blanca que había aparecido con un revólver por encima de una lápida, se tiñó de rojo. Jess disparó otra vez. Se oyó un «chop» siniestro sobre la tierra húmeda del cementerio de Abilene.

Poco a poco se acercaron allí.

Daba miedo verlo. Causaba pavo ver aquellas vestiduras negras, aquellas manos vendadas de blanco y aquella horrible cabeza vendada también de blanco y que se iba tiñendo de rojo.

—Es el leproso Dockson —musitó el *sheriff* sin dar crédito a lo que veía.

—¿Usted cree que es él? Quítele los vendajes.

—Pero…

—¿No se atreve? Espere. Lo haré yo.

Y, rápidamente puso al descubierto el rostro del nuevo cadáver. Todos lanzaron una exclamación al ver que se trataba del propio John Wolsey.

—Dockson fue el verdadero asesinado —dijo, Jess—, y Wolsey ocupó su lugar, seguro de que nadie se acercaría a hacer averiguaciones. Lo último que quedaba por resolver está aclarado ya. Puedo marcharme.

—Pero, Evans…, no puede irse así… El Banco Ganadero querrá agradecerle…

—Nadie tiene que agradecerme nada. Estoy en paz con todo el mundo, pues incluso Irma, a la que he salvado la vida, me la ha salvado a mí también. Buenas noches a todos. Espero que nunca más volverán a hablar de Evans.

Montó silenciosamente en su caballo. Todos le vieron alejarse con una expresión absorta, perpleja, sin saber qué hacer ni qué decir. Jess hizo un saludo con el brazo y se perdió entre las sombras.

Y de pronto se oyó un grito a su espalda:

—¡No te vayas! ¡No te vayas así!

Irma corría detrás de él como una obsesionada. Jess no quiso detenerse, no quiso oír aquellas palabras que significaban un retorno a la felicidad y a la vida. Fue a poner su caballo al trote. Pero ella le alcanzó.

Se abrazó a una de sus piernas, reteniéndole. Jess no tuvo más remedio que mirarla. Había lágrimas en los ojos de la mujer.

—Llévame contigo —suplicó Irma—. Llévame contigo… Sé que me quieres porque tu mirada no engaña. Llévame contigo y nos casaremos donde tú quieras.

Jess, sin contestar, la ayudó a montarse a la grupa de su caballo.

—Tengo que hacerte una confesión —dijo él cuando estuvieron

algo más lejos—. Nunca he sido verdugo. Nunca me he llamado Evans.

—Pero ¿qué dices? Entonces… no ibas a ahorcarnos.

—Ignoro qué salida hubiera encontrado para no hacerlo, muchacha, pero desde luego jamás he ahorcado a nadie. Me llamo Jess, y algún día te contaré mi historia completa. Ahora sólo puedo pensar en lo entraño que es el destino.

—¿Por qué?

—Porque alguien dijo a Evans que un desconocido le haría el favor más importante de su vida. Y yo se lo he hecho. En Abilene creerán siempre que Evans fue un hombre bueno y justo, y como nunca más se volverá a saber nada de él, esta leyenda circulará por el Oeste. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora hay cosas más importantes que hacer.

—¿Por ejemplo?

Jess volvió la cabeza hacia ella.

—Buscarme un nombre, elegir un sitio para empezar una nueva vida… y besarte en la boca por primera vez.

FIN